

257

L A S T R A D I C I O N E S D E
R I C A R D O P A L M A



Tesis presentada para obtener
el grado de Maestro de Artes
en Español en la Escuela de
Verano de la Universidad
Nacional de México.

por

Jean Killgrove

México
1945



BIBLIOTECA SIMON BOLIVAR
CENTRO DE ENSEÑANZA
PARA EXTRANJEROS



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Con su varita mágica despertó del pasado
oidores y virreyes, tapadas y guerreros,
dando vida a la muerte sus manos milagrosas;
abrió a nuestras miradas un inmenso Dorado,
nuestro sombrío cielo tachonó de luceros
y agregó a las coronas de Lima una de rosas.

José Gálvez

00105



BIBLIOTECA SIMON BOLIVAR
CENTRO DE ENSEÑANZA
PARA EXTRANJEROS

I N D I C E

	pág.
I Ricardo Palma	1
II La historia del Perú	10
III Las tradiciones	19
Fuentes de información	19
Influencia de otros autores	22
Propósito del autor	24
Estructura de las tradiciones	25
Los temas	28
Personajes	38
(a) La limeña	39
(b) El virrey	44
(c) Los clérigos	48
(d) Los conquistadores	50
(e) Los militares	52
(f) Bolívar	54
(g) Otros personajes	56
Ambiente	60
Ideas del autor	73
Estilo	79
IV Conclusión	88

RICARDO PALMA

Ricardo Palma, gran tradicionista peruano, nació en Lima el 7 de febrero de 1833, y murió en Miraflores el 6 de octubre de 1919. Vivió durante un período muy agitado de la historia del Perú, pero fué un hombre muy feliz. Tuvo lo que se llama buena estrella: gozaba de salud excelente, tenía vivo ingenio y trato afable, y gracias a su propio esfuerzo llegó a ganar renombre y numerosas amistades. Es sin duda uno de los autores más interesantes y más importantes de la América del Sur.

Recibió Ricardo Palma su primera educación formal en dos de los colegios más reputados de Lima, y pudo ingresar en 1844 al Convictorio de San Carlos. Durante su permanencia en aquel colegio, el joven Palma mostraba una inclinación decidida por las obras de don Mariano José de Larra y del Padre Isla, y por otros cultivadores y maestros de este género satírico. En sus conversaciones con sus compañeros, y aún en las "sabatinas", en las cuales los alumnos demostraban sus progresos disputándose los puestos de honor, aquel estudiante abandonaba el tono didáctico y asombraba a sus profesores y competidores con agudas e ingeniosas pullas. Muchas veces la severa asamblea se convertía en un coro de carcajadas por sus chistes en verso y prosa. Salió del Convictorio Carolino en 1853, después de haber cursado con aprovechamiento notable la Jurisprudencia, pero en vez de ser abogado se dedicó a la literatura.

En aquel entonces en Lima surgía la afición a la ópera y al teatro, y muchos cultivaron este género, aunque no tuvieron éxito. Palma escribió tres dramas intitolados La hermana del verdugo (1849), La muerte o la vida (1851) y Rodil (1852). El mismo los juzgó con severidad, apuntando que el primero "era una abominación patibularia en cuatro actos" y que los otros eran aún peores.

Desilusionado del teatro, se inició en el periodismo a las dieciocho años de edad. Su primer trabajo consistió en escribir la crónica social de Lima, y aunque no tenía sueldo suficiente, el puesto le ofrecía ricas oportunidades y lo ponía en contacto con muchas personas pudientes. Aprovechándose de la protección de don Miguel del Carpio, influyente Ministro de Estado, el joven periodista fué nombrado oficial de marina, con sueldo suficiente y además derecho a llevar uniforme.

Poco después de recibir este grado Palma se enamoró de una tal Teresita, la que apareció en sus primeros versos lacrimosos. Un día cuando pensaban que estaban solos en la casa, de repente volvió la indignada madre y le exigió que se casase inmediatamente con la dama. El acudió al Ministro del Carpio, quien le aconsejó que saliese de Lima.

Ricardo Palma salió de Lima con el cargo de contador de la goleta "Libertad", y pronto se trasladó al transporte de guerra "Rímac", en cuya biblioteca leyó muchos de los clásicos españoles. Además de prepararse para la carrera

literaria, se hallaba cogido en las redes de la política, y era muy amigo de don Manuel Ignacio Vivanco, el que dirigía la oposición al Mariscal Castilla, presidente de la República.

Después de servir ocho años, se retiró de la marina y se dedicó otra vez al periodismo. Publicó algunos versos y tradiciones en la "Revista de Lima" y en los periódicos siguió luchando contra la dictadura del Mariscal Castilla. La causa liberal estaba defendida entonces por el joven José Gálvez, y Palma conspiró con él como lo había hecho antes con Vivanco. Cuando se descubrió la conspiración, los dos fueron desterrados.

Entonces, se trasladó a Chile donde vivió tres años dedicándose al periodismo, con aplauso del pueblo chileno. Durante su permanencia en Santiago, cultivó estrechas relaciones con los intelectuales chilenos y con muchos argentinos. Además, fundó sociedades literarias, versificó, prologó libros, escribió folletos y estudios históricos, etc.

Al regresar al Perú en 1863, Palma publicó sus Anales de la Inquisición de Lima. El mismo año fue nombrado Cónsul del Perú en el imperio del Brasil, pero no pudo sufrir su clima y permaneció poco tiempo. Del Brasil salió para Europa - Londres, París, Venecia - y visitó a los Estados Unidos en 1865. Cuando estaba en París, fue solicitado por la Editorial Bouret para la impresión de una de sus obras.

De retorno a su patria en 1865, no pudo sustraerse de intervenir en la política. Fue secretario del caudillo

revolucionario, el coronel D. José Balta, y le acompañó en todas sus misiones peligrosas. Cuando España le declaró la guerra al Perú en 1866, los dos fueron al Callao a defenderlo contra los ataques de buques españoles. Gálvez murió en la derrota del 2 de mayo, pero Palma se salvó milagrosamente. Este dedicó sus energías a combatir al vencedor, haciendo famoso el periódico "La Campana" y el seudónimo con que firmaba sus artículos: "El Campanero". Palma gastó toda su energía en el periodismo político, siempre combatiendo en las filas liberales.

Después de la guerra con España, hubo otra revolución en el Perú, y Palma fué el secretario privado del vencedor, el coronel José Balta, por cuatro años. En 1869 llegó a nombrársele senador por la provincia de Loreto, pero ya cansado de la vida política, resolvió dedicarse por entero a las letras.

Palma vivía solo y se encerraba para trabajar. Escribía día y noche, y en poco tiempo salieron las cuatro primeras series de sus tradiciones. Luego en 1876, se casó con doña Eristina Román, mujer buena y bella. Al principio participaron en la vida social de Lima, pero en 1879 se retiraron a hacer su hogar en el simpático balneario de Miraflores.

En Miraflores nuestro hombre gozaba de una vida más sencilla - cultivaba sus jardines y trabajaba en una novela histórica que nunca llegó a terminar. Además, continu-

aba colaborando constantemente en "La Revista Peruana", y aun redactó el periódico satírico "La Broma". Durante el incendio de Miraflores, perdió todos sus manuscritos y su biblioteca particular, la cual tenía más de cuatro mil volúmenes de autores americanos.

Esta desgracia lo desalentó tanto que por algún tiempo renunció a escribir. Era un poco difícil sostener a la familia, pero su buena estrella lo salvó otra vez cuando le pidieron colaboración para "La Prensa" de Buenos Aires y "Las Novedades" de Nueva York. También, publicó en Panamá varios artículos contra los chilenos. Aunque usaba seudónimo, lo descubrieron y fué encarcelado por algunos días. Al verse libre, tenía dos oportunidades: ir a Buenos Aires como redactor de "La Prensa", o permanecer en Lima y dedicarse a la reconstrucción de la Biblioteca Nacional. Aceptó la segunda oferta.

La Biblioteca Nacional, una de las mejores, había sido saqueada durante la guerra por las tropas chilenas. Palma se dedicó a su trabajo con extraordinaria entusiasmo y en menos de dos años reunió gran parte de los manuscritos perdidos. También, consiguió más de treinta y cinco mil volúmenes sin ningún gasto para el tesoro del Perú. La biblioteca no era solamente su trabajo; también era su hogar. Vivía con su familia en algunos de los cuartos del edificio, y por casi treinta años allí recibió a sus amigos y a los que venían de otros países a saludarlo.

Estaba en la Biblioteca Nacional cuando Rubén Darío lo visitó en 1888. ^{No} En la introducción de una de las ediciones de las tradiciones, Darío describe la entrevista. Cuando salió, un amigo le había dicho: "No vaya usted a verle; es como un ogro de terco", pero aquí tenemos lo que vió Darío. "Ante una mesa toda llena de papeles nuevos y viejos, viejos sobre todo, estaba Ricardo Palma, y me recibía con una amable sonrisa que me daba ánimos, debajo de sus espesos y canosos bigotes retorcidos. ¡Figura simpática e interesante en verdad! Mediano de cuerpo, ágil a pesar de su gruesa carga de años, ojos brillantes que hablan y párpados movibles que subrayan a veces lo que dicen los ojos, rápido gesto de buen conversador y palabra fácil y amena: ¡tal era el ogro! ... Y veía que el ogro no era tal ogro, sino un corazón bondadoso, una palabra alentadora y lisonjera, un conversador jovial, un ingenio en quien, con harta justicia, la América ve una gloria suya."

Si En 1892 Palma fué enviado a España para representar a su país en la celebración del cuarto centenario del descubrimiento de América. Viajaba por toda Europa y fué festejado por las eminencias literarias de todos los países. Lo discutieron en las editoriales europeas, y durante los diez años que siguieron a este viaje, sus libros se desparramaron por toda la América y por todo el mundo. Muchos de ellos fueron traducidos a diversos idiomas.

Ya terminado su trabajo, renuncia la dirección de

la Biblioteca Nacional en 1912, pero continuó sin descanso su obra literaria desde su residencia en Miraflores hasta el año 1919, en que falleció, rodeado de sus parientes y amigos más íntimos.

Ricardo Palma fué miembro de la Real Academia Española y de la Historia, en la categoría de correspondiente. Además, a él se debe la fundación de la Academia del Perú que se inauguró con gran solemnidad en Lima el 30 de agosto de 1887. El Perú recuerda su gran autor con cariñosa admiración y en Miraflores donde pasaba sus últimos años, frente al Océano Pacífico y sobre una sencilla columna de roca, se levanta ahora un busto a su memoria.

La reputación literaria de Ricardo Palma descansa en sus Tradiciones peruanas. Sin embargo, hay también otros aspectos de su obra que son importantes.

Este autor se inició en su carrera escribiendo dramas y versos. Los dramas ya mencionados no tuvieron mucho éxito, pero sus libros de poesías - Armonías, Pasionarias, Corona poética, y Verbos y gerundios - fueron bien recibidos. Palma fué un buen versificador, más ingenioso que inspirado, y sentimental a la manera romántica. Las poesías satíricas y festivas valen más que las líricas, pero entre éstas hay algunas de un mérito permanente. Rubén Darío leyó casi todas sus obras y dijo que "en cuanto a sus versos ligeros y jocosos, pocos hay que los aventajen en gracia y facilidad.

Tienen la mayor parte un algo encantador, y es la nota limeña".

Además de las Tradiciones peruanas Palma escribió otras obras en prosa: estudios históricos, artículos de crítica literaria, impresiones de viaje, bocetos y disquisiciones filológicas. Aunque las presentó muchas veces en forma humorística, se advierten en ellos la seriedad y la solidez de su erudición.

En 1863 se publicó el más largo de sus estudios históricos, los Anales de la Inquisición de Lima. Se ha elogiado mucho este libro y es muy digno de conservarse entre los documentos históricos de su clase. Sin embargo, su valor se debilita un poco a causa de los prejuicios del autor en todo lo relacionado con la historia eclesiástica. Se ve aquí el rumbo que Palma va a seguir como tradicionista, hasta tal punto, que son ellos su primera "tradicción".

En su juventud, Palma fué un bohemio que vivió, como todos los mozos de ese tiempo, un período de romanticismo, y nos da una descripción de esta vida en un trabajo autobiográfico, La bohemia de mi tiempo. Tiene gran importancia para la historia literaria por los detalles que contiene respecto de los mejores escritores peruanos de la época.

En 1872, encontró el camino que lo condujo a su fama y a su gloria. Abandonó, casi enteramente, sus ensayos líricos y otras obras literarias para consagrarse a las tradiciones. Al principio, tenía Palma algunas dudas de su éxito y las expresó en la introducción a su primera edición, pero en

el mismo artículo vemos también su confianza en su obra.

Preámbulo a la primera edición de la
primera serie por Ricardo Palma

"Los artículos que forman este volumen se hallaban diseminados en diversos periódicos del Perú y del extranjero. Los colecciono hoy por ceder a benévolas exigencias de mis amigos.

Y no sé si, en una época en que todo se imprime, serán estas páginas un libro más arrojado en el océano de las publicaciones destinadas a vivir sólo un día. Pero, sin falsa modestia, creo que los aficionados a estudios históricos, los que saben cuanta paciencia y laboriosidad hay que gastar para andar a vueltas y tornas con rancios y apolillados manuscritos, esos dirán por lo menos: - no ha sido floja la tarea que se ha tomado este prójimo.

Por lo demás, mi libro no necesita prólogo. Si es bueno, la recomendación la lleva en sí; y si es malo, no lo haré mejor un padrino, por autorizado que él sea.

- Dios te guarde, lector, y a mí no olvida."

Lima, junio 15 de 1872.

LA HISTORIA DEL PERU

El Perú, por las muchas peculiaridades de su psicología e historia, es una de las naciones más interesantes y curiosas de la América española.

El territorio del Perú estuvo habitado desde tiempo inmemorial, y se dice que sus razas primitivas son tan antiguas como las de Egipto. Según casi todos los historiadores, los antiguos habitantes del Perú vivían en un completo estado de barbarie cuando el Inca Manco Capac y su hermana y mujer Mama Ocllo se establecieron entre ellos y les enseñaron las primeras artes de la civilización. Los incas erigieron notables monumentos y tuvieron una civilización muy adelantada. Sin embargo, para nosotros y para el objeto de nuestro estudio, hemos de comenzar desde el momento de la conquista.

Hacía mucho tiempo que los españoles oían contar muchas grandezas de esa tierra, y a fines del año 1524, Francisco Pizarro, con un puñado de valientes españoles, salió de Panamá en busca de esa rica comarca. Tuvieron muchas dificultades, sin embargo, y no llegaron hasta el año 1527. Desembarcaron primero en Tumbes pero siguieron hasta el sur donde Pizarro fundó la bella ciudad de Trujillo en recuerdo del país de su nacimiento. Pizarro tuvo que ir a España en 1528, y regresó al Nuevo Mundo en 1529 para terminar la conquista del Perú. Fundó las ciudades de Lima, San Miguel de

Piura, Guayaquil y otras muchas.

Desde el principio había muchas insurrecciones en el territorio. A causa de las disensiones entre Pizarro y Diego de Almagro, se formaron dos partidos que causaron terribles inquietudes y alborotos. Los Pizarros tomaron prisionero y decapitaron a Almagro en 1538, y trece personas del partido de éste dieron muerte violenta a Pizarro en 1541. El emperador Carlos V envió al Licenciado Cristóbal Vaca de Castro para tomar posesión del gobierno, pero Almagro el Hijo reunió un ejército y se desarrolla una batalla en el valle de Chupas. Afortunadamente los rebeldes fueron derrotados y se tranquilizaron aquellas provincias.

Pronto había nuevas disensiones, esta vez entre Gonzalo Pizarro y el virrey Blasco Núñez Vela, y en la batalla de Añaquito en 1546 fué vencido y muerto el virrey. El Licenciado Pedro de la Gasca llegó para apaciguar estos trastornos, y logró sujetar a los rebeldes en los campos de Sackahuana en el año de 1548. Quedaron prisioneros Gonzalo Pizarro y su Maestre de Campo, Francisco de Carvajal, quienes fueron degollados en la plaza del Cuzco. Con esto quedó en paz el reino.

Comenzando con el virrey D. Antonio de Mendoza en 1551, el período colonial se desarrolló más tranquilmente. Se establecieron escuelas y otros edificios importantes, se organizaron las minas y aparecieron las primeras manifestaciones de cultura. Tuvieron sus dificultades también -

guerras con los indios, la amenaza perpetua de los piratas, los terremotos, etc.- pero en general todo era más ordenado. Entre los virreyes se distinguieron muy especialmente D. Francisco de Toledo en el siglo XVI, D. Manuel Amat y Junyent en el siglo XVIII, y a principios del siglo XIX D. José Fernando de Abascal.

Cuando los franceses invadieron a España (1808) el grito de la independencia resonó en todas las colonias españolas, pero en Perú, el partido realista fué bastante poderoso para impedir toda especie de motín. El virrey empleó sus tropas contra los rebeldes de las provincias vecinas y de este modo contribuyó a sofocar los primeros movimientos de Chile. Pero esto no podía continuar por mucho tiempo, porque el general San Martín, con su ejército chileno-argentino y peruano, entró en Lima (13 de julio de 1821), y quince días después, el Perú fué solemnemente declarado libre.

El virrey se había refugiado en Callao pero éste se rindió en septiembre, y en 8 de octubre se nombró provisionalmente un gobierno representativo. Sin embargo, había algunos que todavía permanecían fieles a España, y el 18 de junio de 1823 volvieron a entrar en Lima con su caudillo, el general Canterac. Pero, a pesar de sus esfuerzos, era imposible consolidarse de nuevo el gobierno monárquico en el Perú cuando todos los otros países se habían sublevados. Mediante la intervención de Bolívar, entonces presidente de Colombia, los españoles tuvieron que rendirse en Ayacucho en 1824.

La nueva República fué organizada por Bolívar, y en 1825 el Alto Perú fué separado del Bajo y llegó a ser la República de Bolivia. A los peruanos no les gustó el Libertador y pronto el Congreso de Lima derribó la Constitución semi-monárquica de Bolivia, nombró presidente al general La Mar y declaró la guerra a Colombia. Los peruanos fueron vencidos y tuvieron que esperar más de diez años para recobrar su existencia independiente de Bolivia. En este período la historia del Perú no es más que una serie de guerras civiles e insurrecciones.

A fines del siglo hubo otra guerra, la del Pacífico, en que Bolivia y el Perú peleaban con Chile. El Perú, y especialmente la ciudad de Lima, sufrió mucho a consecuencia de esta guerra, pero aunque en efecto la guerra duró de 1879 hasta 1884, el período de contención era muy corto. En 20 de octubre de 1883 se celebró el tratado de paz de Ancón, dando fin a la guerra entre Chile y el Perú.

En el siglo XX la historia del Perú ha sido como la de todos los países sudamericanos - períodos de tranquilidad y de amplio progreso entremezclados con revoluciones políticas.

En toda la América del Sur una de las ciudades más llenas de colorido es la de Lima. Desde su fundación esta ciudad, llamada Ciudad de los Reyes, en honor de Carlos V y su madre doña Juana (o bien por haberse fundado el día de

Reyes), fué objeto de predilección para los españoles, y la trataron del mismo modo que a las ciudades más favorecidas de España.

Hasta el siglo XVIII, todas las posesiones españolas en la América del Sur, con excepción de Venezuela, estuvieron bajo la autoridad del virrey de Lima. Todo aquel territorio estaba incluido en el inmenso virreinato del Perú, que era igual en su organización al virreinato de México, el cual tenía jurisdicción sobre toda Norteamérica. En Lima, la adhesión a España era tradicional y profunda, y fué la última ciudad de la América española en lograr su independencia.

La llamada Ciudad de los Reyes era como cualquier ciudad del Nuevo Mundo, pero también tenía su carácter y su ambiente característico. La sociedad mostraba una continuación de las costumbres trasplantadas de España, pero se desarrollaron nuevas individualidades por la influencia del clima y la vida indígena. Por lo general, los limeños, como los de otras ciudades de América, vivían en un mundo separado de todo contacto ajeno. Era una vida muy plácida, animada a veces por fiestas y procesiones grandiosas.

En los siglos XVII y XVIII, Lima fué el representante en la América del Sur del poder español y de la grandeza de la Corte española. En su palacio de la Plaza Mayor el virrey y su familia vivían con fastuosidad, superior a la más arrogante de la aristocracia colonial. Existían recep-

ciones llamadas besa-mano cuando la nobleza era recibida en palacio. El pueblo se reunía en la plaza para admirar la llegada de las carrozas recamadas artísticamente de las cuales descendían damas con vestidos elegantes y alhajas resplandecientes y caballeros vestidos de calzón corto y pelucas empolvadas.

El nacimiento de un príncipe o de una princesa en España y otros sucesos en la familia real se celebraban con procesiones y fiestas, y siempre había corridas de toros como parte de las celebraciones. El acontecimiento más aparatoso para Callao y Lima fué la llegada de un buque que conducía a un nuevo virrey y a su familia.

Cada fiesta comenzaba o terminaba en la Plaza, y siempre había algo que ver en las calles de la Lima colonial. Muchas veces, en las gradas de la catedral, se representaban "milagros" personificados por indios convertidos bajo la dirección de clérigos. Otras veces, en el siglo XVII, podían verse el espectáculo terrible del auto-de-fe. Los magistrados espantosos de la Inquisición estaban sentados debajo de doseles en la Plaza desde donde juzgaban a los herejes - víctimas infortunadas, acusadas de doctrina falsa, de blasfemia, de ser judíos o de otro crimen contra la Iglesia. El pueblo, con miedo y emoción entremezclados, acudía también a contemplar tal espectáculo.

Como en España, una de las características más sobresalientes de la corte limeña en el siglo XVIII era su

puro barroquismo sensual. Era una vida llena de intrigas, supersticiones, amores clandestinos y duelos. La sociedad limeña se dividió en castas con la explotación de clases inferiores por una minoría de raza española - una minoría rica, sensual, devota e ignoranta. Más adelante, durante la República, conservaba aún la mayor parte de esos caracteres. Lima sufre muy leves cambios y prosigue siendo la misma en el siglo XIX que en el siglo XVIII; las castas perduraban porque la evolución democrática se realizaba muy lentamente.



E. DE VERANO

Los señores feudales fueron una clase poderosa en España, y en América, los conquistadores y sus descendientes organizaron una economía semejante, de propietarios ricos, bajo cuyo mando estaban centenares de trabajadores indios. Se les obsequiaba a los exploradores y a sus soldados con encomiendas - terrenos extensos con servidumbre de la población india. Los naturales tenían que cultivar la tierra y pagar toda clase de tributos al encomendero, y en cambio, él debía reunir a sus indios en una comunidad, cuidar de su bienestar físico y proporcionarles un sacerdote para convertirlos y enseñar a la gente.

Los españoles, en su colonizaciones, no son como los ingleses en Norteamérica que no se mezclan nunca con los nativos, sino que al contrario, los alejan lo más posible o les dan muerte. En el Nuevo Mundo, los matrimonios con indias convertidas fueron aprobadas por la Iglesia y el Rey. Estos mestizos o criollos se hallaron de pronto en circunstan-

cias desventajosas pero, desde el principio, formaban parte importante de la vida colonial.

La cumbre de la sociedad colonial eran las familias arrogantes y nobles de España que ocupaban todas las mejores posiciones del gobierno y que despreciaban a los aristócratas nacidos en América, quienes eran igualmente orgullosos e indolentes. Debajo de esta clase existían los cholos, que eran los mercaderes y artesanos, y al final venían los indios y los negros. Los criollos imitaban el vestido y las costumbres de los españoles aunque se ofendían por sus actitudes de superioridad. Las esposas e hijas de la clase superior vivían encerradas en su casa, mujeres que se hicieron famosas por la belleza de su tez y sus ojos oscuros. Como no tenían más obligación que rezar devotamente, sus pensamientos se dirigían únicamente hacia el vestido y la coquetería.

En las ciudades grandes, los clérigos eran tan ricos y poderosos como los aristócratas, y las iglesias, catedrales y palacios de los obispos excedían en esplendor a las residencias de los nobles. Estos tenían gran influencia en los asuntos políticos y en toda la vida colonial.

Mucha de la cultura del Siglo de Oro en España fué trasplantada a América para el placer de los nobles, pero la educación, estando casi enteramente en manos de órdenes religiosos, era toda eclesiástica. Se fundaron universidades en las ciudades principales donde los hijos de los nobles se preparaban para la carrera religiosa o la de jurisprudencia.

Ya en 1551 se había fundado en Lima la Universidad de San Marcos, primera en la América del Sur.

Uno de los caracteres más importantes de Lima es su clima. "No hay país sobre la tierra donde la influencia del clima sea, como en Lima, tan poderosa; ciudad que, en cuanto a clima, es otro paraíso; primavera eterna sin frío ni calor. Transportada allí la raza española, al cabo de una generación, perdiendo en vigor lo que ganaba en gracia, produjo esa criatura maravillosa llamada la **mujer limeña**."¹ Se dice también que hasta el perro era más apacible y manso en Lima que en otras partes.

"Lima no es, pues, una ciudad guerrera como Caracas, o México, o Santiago, ni letrada como Bogotá, ni comercial como Buenos Aires. La carencia de algunas condiciones hace desarrollar otras que las suplan. Lima se distingue por lo cortesanesco: es un pueblo de diplomáticos."² Aunque Lima no sea una ciudad combativa, no significa que el Perú sea un pueblo cobarde. La historia demuestra que algunas de sus razas son enérgicas, fuertes y guerreras. El Perú supo pelear cuando fué necesario, pero durante la Revolución prefería representar una fuerza conservadora. Guardaba este carácter durante el siglo XIX, y, es casi seguro que Lima nunca perderá su sello de ciudad opulenta y tornadiza, más diplomática que guerrera.

1. Hostes - "Cartas críticas. Al Señor Don Ricardo Palma"

2. Blanco-Fombona - Grandes escritores de América

LAS TRADICIONES

Fuentes de information

No es extraño que Ricardo Palma haya tomado sus temas de la historia del Perú y especialmente del período colonial, porque nació en el corazón de la Lima virreinal. "Por la espalda los muros de su casa tocaban con los de las cárceles de la Inquisición limeña. A media cuadra de su hogar, en la que es hoy Plaza Bolívar, funcionaba el mercado o plaza de abastos y el desplante dicharachero de las mulatas vendedoras de pescado y desenvoltura. Pocos pasos más allá, en el sitio que ocupa actualmente el Congreso, estaba el edificio de la Universidad Mayor de San Marcos, con sus muros altos y severos, su claustro imponente en el que se alineaban los retratos de frailes catedráticos e inquisidores y en cuyo General funcionaba desde 1822 el Congreso. En un ángulo de la manzana en que vivía Palma, estaba la casa en cuya entrada la tradición popular aseguraba que había fallecido el Virrey Conde de Nieva al descender de un balcón. El otro ángulo daba frente al Monasterio de la Concepción, fundado por una cuñada del conquistador Pizarro. Cuadra abajo de la Concepción estaba el Colegio del Príncipe, fundado por el Virrey Esquilache y dedicado ya a la Biblioteca Nacional. Son casi todos los lugares entre los que había de transcurrir la vida

del tradicionalista."1

Además de la influencia del medio familiar, tenía importancia el momento histórico en que vino al mundo. Palma nació solamente nueve años después de la batalla de Ayacucho. "El espíritu colonial sobrevivía a la derrota de los españoles. La patria había entrado en el palacio de los virreyes, pero la colonia subsistía en las costumbres, en las ideas, en las leyes, en las instituciones, en el espíritu de la sociedad peruana."2

Palma iba amontonando su material desde muy joven. Al morir su madre, la familia se mudó a una casa de apartamentos donde vivían varias familias. Por las tardes, todos los muchachos se reunían a escuchar los cuentos fantásticos de cierta vieja, la tía Catita, - historietas de brujas y duendes o ánimos en pena, y otros cuentos sobre antiguallas limeñas.

Interesado por instinto en la historia y política del Perú, Palma se aprovechó de todos los documentos que poseía la Biblioteca Nacional. Escuchó y aprendió los dichos, las coplas y las patrañas que revoloteaban en tiendas y mercados, en plazas y callejas. Se hizo amigo del hablador Lilit e interrogó a todas las viejas parlanchinas.

Ricardo Palma "no llevaba tradiciones escondidas

1. y 2. "Palma romántico" - Raúl Porras Barrenechea
(en Ricardo Palma - Sociedad Amigos de Palma)

en cada pelo del bigote - como se decía. -, sino en las fichas y papeletas de su escritorio, porque ahí estaban en viejos y olvidados cronicones: en Cieza de León, en Acosta, en Montesinos, en Zárate, en Gómara, en Calancha, en Blas Valera, en Herrera, y muy especialmente en Felipe Huaman Poma de Ayala, y en el gran Garcilaso de la Vega Inca.¹ No se aprovechó mucho de las obras de sus contemporáneos, pero sacó de ellos algún material - por ejemplo, de Lavallo, de Mendiburo y de Vicuña Mackenna. Le sirvieron los libros anónimos como el Diálogo de los palanganas y también el Diente del Parnaso de Caviedes, pero siempre prefería a los antiguos cronistas. Algunas veces tomó casi toda una tradición de Garcilaso y lo modificó en sus detalles ("Carta canta"), pero por lo general se contentaba con frases o incidentes insignificantes.

Para escribir sus tradiciones, necesitaba un gran acopio de datos, documentos, manuscritos e investigaciones. Es muy rara la tradición que no ha necesitado un desgaste exagerado de energía o que no ha requerido un estudio histórico.

"Es necesario haberse ocupado en deletrear papeles viejos para apreciar el sacrificio y el mérito. Aquellos documentos, que parecen exhumaciones sepulcrales, son a veces geroglíficos casi indescifrables. Sólo la paciente investi-

1. "Ricardo Palma y las tradiciones peruanas" - George W. Umphrey y Carlos García-Prada.

gación del historiador consigue vencer los desastres de la polilla y del tiempo."¹

Influencias de otros autores

Durante sus años de contador de Marina, Palma leyó muchas de las obras clásicas y contemporáneas de españoles y de extranjeros. Algunas lo influyeron más que otras y aun cita unas de ellas en sus tradiciones.

Al principio, el tradicionista imitaba a Walter Scott y a Zorrilla, y trató de escribir novelas históricas y leyendas de encantamiento, sin apartarse apenas de sus modelos. Es casi seguro que Scott creó el impulso y modelo de toda novela histórica romántica, basada en "folk-lore". Había varias traducciones españolas de sus obras y desde la de Moreno en 1830, inundaron las bibliotecas peruanas donde Palma seguramente las conoció y absorbió desde su primer juventud.

Además de éstas, eran muy populares en el Perú y muy leídas por Palma las leyendas en verso de Zorrilla y el Duque de Rivas y los breves cuentos históricos, desde "Cristianos y moriscos" de D. Serafín Estébanez Calderon hasta las delicadísimas leyendas de Becquer. Uno de los cuentos,

1. "El tradicionista Ricardo Palma" - Julio Bañados Espinosa.

"El golpe en vago" de García Villalta, se aproxima mucho a las primeras tradiciones peruanas, aun en su tono anticlérical.

Palma leyó atentamente las obras de Cervantes, y en algunas de sus tradiciones, como "El caballero de la Virgen", el estilo es una pura imitación del gran escritor español. Leyó también "El patrañuelo" y "El sobremesa o alivio" de Timoneda, y tomó algunos refranes del mismo Quevedo. Otro libro castellano que consultó frecuentemente fué la antología de sucedidos y dichos picantes, intitulado El deleite de la discreción y escuela de la agudeza, publicado en Madrid en 1749. Citó este libro en "De potencia a potencia" y después en otras varias tradiciones.

Tal vez el más perfecto antecesor del insigne tradicionista es el guatemalteco Batres Montúfar. El país de Guatemala es muy parecido al Perú en clima y en todo, y las tradiciones coloniales en verso de Batres son muy semejantes a las tradiciones peruanas en prosa. Por ejemplo, el desfile de históricos apellidos en el paseo del estandarte de su "Reloj" es como el catálogo de Palma en "Un litigio original". Además, "la pintura de las facciones y estratagemas de la Doña Clara en el mencionado cuento "El reloj", la de las fiestas y saraos en la dominación española, los chistes sobre las prácticas devotas, las guasas contra la anarquía republicana, gobernantes y congresos, todo anuncia en Batres

las páginas de Palma".¹

Propósito del autor

A la manera de Walter Scott, Palma inicia en sus tradiciones la reconstitución del vasto período histórico del Perú. Comienza con la conquista, luego la etapa virreinal y termina con los treinta o cuarenta años de la república. Pero Palma no es lo que se llama historiador.

"Concierne al historiador analizar, criticar y pensar las corrientes de la vida nacional, y el desarrollo lógico de las instituciones sociales, políticas y económicas, prestándoles atención a las personas y sucesos de importancia, y en cuanto hayan contribuido a dirigir esas corrientes, a impulsar tales instituciones, y a iluminar y ennoblecer el carácter y las costumbres del pueblo."² No fué ese el propósito del tradicionista. Palma mismo lo dice en el prólogo a Ropa vieja. "Quien no conozca los linderos que separan a la tradición de la historia y de la novela, hará bien no empleando su tiempo en leer Ropa vieja. Yo no dicto un curso de historia nacional. Narro antiguallas como el pueblo y las viejas cuentan cuentos... Tonto de capirote será el que

-
1. "Elogio de don Ricardo Palma" - José de la Riva Agüero
(En Ricardo Palma - Sociedad Amigos de Palma)
 2. "Ricardo Palma y las tradiciones peruanas" - George W. Umphrey y Carlos Garcia-Prada.

se proponga estudiar formalmente historia peruana en mis tradiciones."

Palma escribió acerca de los sucesos importantes de la historia del Perú y los personajes que los ocasionaron, pero sirven como el fondo más que la trama de sus relatos. Emplea la verdad histórica como trampolín. A veces juzga de los hechos y las costumbres, pero casi siempre sin malicia. Su propósito es presentar en charla fácil y vivez todas las anécdotas, picardías y burlas que contiene su pluma. Reír y hacernos reír es su misión preferente y para conseguirlo recurre a todos los medios. "Así como el periodista moderno reúne noticias que merecen publicarse por su interés humano y que no por su importancia real, así Palma buscó el cuento y el incidente animado, cargado de humanidad, desarrollándolo luego a su capricho y entretejiendo sus diversos elementos según las necesidades de su arte personalísimo."¹

Estructura de las tradiciones

A causa de la gran diversidad de las tradiciones es muy difícil definir las. En general la tradición es un género literario mixto o mestizo, combinación de la leyenda romántica breve y el artículo de costumbres, o se puede decir

1. "Ricardo Palma y las tradiciones peruanas" - George W. Umphrey y Carlos García-Prada.

que tiene su sitio especial entre la novela realista y la historia. Palma mismo definió su tradición como "una novela en miniatura... de forma ligera y regocijada como unas castañuelas."

Las tradiciones cambian de forma y de carácter con el humor del narrador. Muchos, como "La niña del anejo" y "La llorona del Viernes Santo", son simples apuntes de costumbrista. Muchas son casi novelas y otras apenas tienen tema. Hay anécdotas festivas y placenteras, como "Las cayetanas", "La Castellanos" y "Un predicador de lujo", y también las anotaciones brevísimas en Ropa vieja que el autor llamó "hilaches". Se hallan reseñas pintorescas, ensayos graciosos ("Los padrinos", "Los primitos" y "Glorias del cigarro"), pequeñas biografías ("El virrey de la adivinanza" y "El fraile y la monja del Callao"), y estudios críticos de literatura ("La Argentina", "Delirios de un loco" y "El ciego de la merced"). "Anécdotas, leyendas, cuadros de costumbres, estudios críticos, todo se sucede con rapidez", dice Valera, "prestando grata variedad a la obra, cuya unidad consiste en que todo concurre a pintar la sociedad, la vida y las costumbres peruanas".

Las tradiciones son distintas en su estructura pero generalmente cada una se divide en tres o más capítulos. "En el primero, introduce el incidente histórico o legendario acerca del cual teje el autor detalles decorativos de su invención; en seguida, y habiendo despertado el

interés del lector, deja en suspenso la narración y da el fondo histórico de la misma, en términos comparativamente sobrios y veraces; luego vuelve a recoger el hilo de la narración y la termina, a veces con extrema rapidez, otras demorándose en divagaciones y torneos más o menos entretenidos.¹ Algunas tradiciones no tienen más de un capítulo corto ("¡Beba, Padre, que le da la vida!") y otras siete u ocho capítulos ("Predestinación"), pero en casi todas hay esta separación de lo histórico y lo ficticio. Esta es una de las diferencias más importantes entre la tradición y el cuento verdadero, o la novela corta propiamente dicha.

Otra distinción es la poca importancia que Palma dió al interés progresivo y al desarrollo lógico de sus narraciones. Salta de un tema a otro e interrumpe la acción por cualquier pretexto. Si el autor recuerda algo (y muchas veces no tiene mucha relación con el relato principal) siempre hace pausa para contarlo.

Por lo general, Palma dió más atención a las tradiciones que tratan de la colonia, y éstas son más largas. Las leyendas de los Incas casi nunca tienen más de un capítulo corto, y las de la república tampoco son largas. Los capítulos también son desiguales, y en muchos ("Mujer y tigre", "Los malditos", etc.) el último capítulo es sólo

1. "Ricardo Palma y las tradiciones peruanas" - George W. Umphrey y Carlos Garcia-Prada.

una o dos frases. Algunos tienen títulos y otros solamente números.

Hay tradiciones en que casi todo es narración con poco diálogo ("La monja de la llave") y otras que tienen mucho diálogo ("Las orejas del alcalde"). Aunque excede la narración, el autor carece de paciencia para narraciones largas. Como ha notado Valera, en algunas de sus tradiciones de dos o tres páginas, hay bastante material para una extensa novela.

Los temas

En la primera serie de tradiciones, Palma era más historiador y contó los hechos de los virreyes, pero más tarde cualquier anécdota le proveyó con material. Presentó una gran diversidad de emociones, desde el horror hasta la carcajada. "Las escapadas de un virrey enamorado; el milagro de una santa; el decreto de un alcalde; el origen de una copla, de un refrán, de una frase; las altiveces de una dama de campanillas; el sacrificio de una madre; las volubilidades de una cortesana; los sarcasmos y crueldades de un conquistador; las rivalidades entre dos amantes; la glotonería de un fraile o las soledades de una monja..., éstos, y otros incidentes semejantes, se convierten en tema de una o más tradiciones, y en ellas adquieren vida artística independiente. Las debilidades humanas,

más que los hechos históricos gloriosos y brillantes, le brindaban al tradicionista limeño los materiales que mejor sabía utilizar: en un plano inferior, las tradiciones encierran una comedia humana semejante a la de Balzac."¹

A Palma le encantaban los cuentos de supersticiones religiosas, de brujos y duendes, y sirven de tema por muchos de sus tradiciones. Uno de los mejores ejemplos de este tipo es "La procesión de ánimas de San Agustín". En ésta, un alcalde llevó a un fraile a la cárcel porque lo había visto sacando un puñal de un moribundo. El fraile juró su inocencia, pero el alcalde lo torturó y al fin lo mató. Este había recibido antes una carta que no quería leer, y cuando la leyó al fin vio que era de un conde que confesaba el crimen. Estaba en su balcón a la media noche cuando vio salir de la iglesia una procesión de frailes. La procesión se detuvo bajo el balcón y lo que vio heló la sangre en sus venas; en vez de rostros había descarnadas calaveras, y los cirios que llevaban eran canillas de difuntos. Pronto otros dijeron que la habían visto también, y al fin "no quedó en Lima prójimo que no creyera a puño cerrado en la procesión de ánimas de San Agustín".

En varias tradiciones hay resurrecciones mila-

1. "Ricardo Palma y las tradiciones peruanas" - George W. Umphrey y Carlos Garcia-Prada.

grosas. Sus personajes regresan a este mundo para pagar sus deudas, para vengar una injusticia, porque sus esposos se regocijan de su muerte, etc. La más graciosa es la de "Fray Juan Sinmiedo" quien fué con otro fraile a velar un cadáver. El otro se durmió en la única cama, y como Juan tenía sueño también se acostó con el cadáver. Este revivió y le pegó a Juan con un candelabro.

Hay muchos milagros en estos cuentos - la imagen del Niño Jesús que lloraba y de que salía sangre, otra imagen que dejó caer su zapato adornado con piedras preciosas para ayudar a una mujer pobre, el papel que pesó tanto como mil pesos, el fraile que cambió un alacrán en una alhaja para ayudar a un pobre buhonero, y otros muchos. "Los mosquitos de Santa Rosa" es una de las más entretenidas: Rosa vivía en una ermita en su jardín donde había muchos mosquitos. Tenía pacto con estos animalitos para que no la picaran ni le hicieran ruido, excepto al alabar a Dios dos veces por día. Santa Rosa figura en otra tradición ("El rosal de Rosa") en que un rosal apareció espontáneamente en su jardín.

Todas las personas del Perú tenían sus supersticiones y a cualquiera que fuese un poco extraordinaria le acusaban de ser bruja o peor, ser el diablo en persona. "El alcalde de Paucarcolla", hombre bueno y muy querido en su pueblo, prestó su mula un día a un fraile que iba a Lima. Este llegó en veinte días en vez del mes y medio que

siempre era necesario, y por eso dijo que era cosa del diablo. La Inquisición fué a buscar el alcalde pero se escapó por el lago. Todos los de su pueblo creyeron que era el diablo.

Una de las "brujas" interesantes es la madre San Diego ("La Misa Negra") que "iba de casa en casa curando enfermos y recibiendo por esta caridad sus limosnitas. Ella no usaba remedios de botica, sino reliquias y oraciones".

Aunque dice casi siempre que no son verdaderas, Palma nos cuenta las supersticiones sin nada de explicación. La sola excepción es "La calle de la manita" en que explicó la mano que apareció en la pared cada noche. La linterna de la calle estaba **rota** y la sombra que producía tenía la forma de una mano.

"En sus tradiciones hay siempre un tema religioso: excomunión, sacrilegio, disputa teológica sobre el ombligo de Adán, excursión de algún apóstol al Perú, etc. Estos títulos bastan a indicarlo: "Un proceso contra Dios", "La honradez de una ánima bendita", "Un obispo de contrabando", "Una hostia sin consagrar", "La venganza de un cura", "Las balas del Niño Dios", etc."¹ Tenemos cuadros de frailes buenos y frailes malos, disputas entre los fran-

1. Del romanticismo al modernismo - Ventura García Calderón

ciscanos y jesuitas, hombres que robaron objetos sagradas de la iglesia, etc. Un hombre que necesitaba dinero tomó algunas alhajas del imagen de la Virgen, prometiendo pagarle ciento por uno. Cuando se hizo rico dió a la iglesia un candelabro gigantesco de plata.

Algunos de los temas religiosos son cómicos también. Recordamos el predicador que dijo que los judíos se apoderaron de Cristo en el jardín de Gethsemani. Los indios creyeron que hablaba del jardín de José Maní, uno de sus amigos, y estaban muy enojados con él por haber permitido semejante cosa.

El mismo Jesús figura en algunas tradiciones ("Donde y como el diablo perdió el poncho", "Traslado a Judas" y "Refranero limeño"), y "El abogado de los abogados" tiene lugar en el cielo con San Pedro al portal.

Otro tema principal es la honra. "Es la obsesión de esa edad, su enfermedad y su imagen. Ella hace matar al virrey que baja furtivamente la escala de seda, eterniza los odios familiares por todas las Elviras infortunadas. En el noble se llama orgullo de abolengo, el orgullo que detuvo a dos calesas en una calle de Lima, porque dos linajudos se disputaban la derecha; el orgullo profesional, que prolonga las disenciones de virreyes y de arzobispos hasta que decida su Majestad. Se pelea a muerte por si se tienen o no se tienen títulos comproba-

dos a sentarse en una silla elegida."¹

Junto con este tema tenemos el de la venganza. Los hombres mataban para vengar la deshonra de su hermana o su hija o tal vez porque su esposa era infiel, pero la venganza de las mujeres era aun más terrible. Muchas veces ellas mismas se vindicaron y de una manera menos humanitaria. En "La emplazada" una condesa se enamoró de un negro guapo, el médico de su hacienda. Cuando supo que él tenía relaciones con una de sus esclavas también, lo torturó, y al no confesar manda que lo arrojen en una paila de miel hirviendo. En "La gatita de Mari-Ramos" la muchacha mata al amante que la ayuda a vengarse del primer novio.

La peor de todas las limeñas era doña Sebastiana en "Mujer y tigre". Cuando era muy joven, doña Sebastiana se enamoró de don Carlos y más tarde tuvieron dos hijos. Pero él olvidó su promesa de casarse y legitimar a los dos niños, y se casó con otra. Después de tres años, cuando se convenció de que no podía esperar nada del amor de don Carlos, resolvió consagrarse a la venganza. Cuando él vino a la casa para ver a sus niños, le da un narcótico en su vino. Le ata fuertemente los brazos y los pies, y cuando vuelve en sí, les corta las cabezas de sus dos hijos en su presencia y entonces comienza a cortar miembro por miem-

1. Del romanticismo al modernismo - Ventura García Calderón

bro el cuerpo de don Carlos. Más tarde confesó sus delitos y fué la primera mujer ahorcada en la Plaza Mayor de Lima.

Algunos de los hombres también tenían la manía de cortar miembros de sus enemigos. El más famoso es el soldado que se vengó en las orejas del alcalde, pero otro le sacó los ojos a su mujer porque siempre estaba celosa y suspicaz, y otro le cortó la nariz a un enemigo.

Muchas veces los vengadores no tienen éxito como el cacique que trató de envenenar a otro cacique y tuvo que beber el veneno él mismo. En otra tradición un hombre estaba preso por dar una serenata y quería vengarse en el alcalde. Fué a España y recibió muchos derechos de príncipe, pero al regresar a su pueblo supo que el alcalde se había ido.

Una de las tradiciones más graciosas es "Una aventura del virrey-poeta". Comienza en Potosí durante las guerras civiles en que el corregidor les corta las cabezas a algunas vicuñas, diciendo que era la orden del virrey. Una de las viudas vino a Lima para vengarse y después de atraer al virrey con sus sonrisas, lo invitó a su casa. El virrey comprendió pronto que estaba en peligro, pero cuando le ofreció vino él dijo con mucha calma que preferiría el que tenía en su palacio. Mandó con el criado de su patrona un recado pidiendo sus dos botellas de vino, pero en realidad describió sus dos pistolas. El criado del virrey entendió el mensaje y reunió muchos amigos quienes pelearon con las

vicuñas en la casa de la viuda y salvaron a su virrey.

El amor tiene un papel importante en muchas de las tradiciones. Casi siempre es un amor desdichado - la muchacha está seducida y tiene que entrar en un convento, o tal vez los novios no pueden casarse por alguna razón. En "Hermosa entre las hermosas" la muchacha está atacada por un tigre y el novio tiene que matarla. Pero hay algunas que terminan dichosamente. En "Muerta en vida" una muchacha estaba enamorada de un joven médico pero tuvo que entrar en un convento porque su padre quería que se casase con otro. Muchos años después un nuevo médico vino al convento y era su novio. Con la ayuda de sus amigos, él puso un cadáver en su celda y escapó con ella. El incendio que causó en su celda hizo imposible reconocer el cadáver, y sin preocuparse por nada fueron a Chile a vivir.

Por lo general, los cuentos cómicos y alegres abundan más que los trágicos. Tenemos el andaluz que no creía en el infierno hasta que se casa, y varias tradiciones en que se burlaba de los frailes. En "Don Dimas de la Tijereta" el héroe, enamorado de la hermosa Visitación quien lo desdeñaba, vendió su "almilla" al diablo a cambio del amor de ella. Satanás creía que él hablaba de su alma y firmaron un pacto. Después de tres años cuando don Dimas tenía que pagar la deuda, empezó a desnudarse hasta sacarse la almilla o jubón interior que pasó a Lilit, "correvidile de Su Majestad Infernal". Lilit se enojó y se

lo llevó al infierno. Le hicieron un proceso y él probó su buen derecho, pero cuando regresó a su casa supo que Visitación lo había abandonada para encerrarse en un beaterio. Se decía que "muerto Tijereta quiso su alma beber agua en uno de los calderos de Pero Botero, y el conserje del infierno le gritó: - ¡Largo de ahí! No admitimos ya escribanos".

Son muchos los temas en las tradiciones - la avaricia, el heroísmo, etc. También hay las que no tienen o apenas tienen tema - una carta sobre un monumento proyectado; la historia de un cerro, de una casa misteriosa, de los nombres de las calles en Lima, de como fué escrito el himno nacional; las ordenanzas dictadas contra las tapadas; opiniones sobre el origen del nombre América y el nombre Callao; el origen de varias frases; descripciones de fiestas; cuestiones como la de si Pizarro supo o no supo leer y escribir; y otras muchas.

Además de éstas hay muchas que nos da una idea de la vida del autor. Según Raúl Porras Barrenechea, "la más sabrosa biografía de Palma podría tejerse hilvanando los innumerables y constantes recuerdos autobiográficos que abundan en las tradiciones ... En algunas el calor de la evocación es más intenso y continuo y desborda sobre la incidental trama histórica. Las tradiciones que guardan el aroma confidencial de la infancia son: "Sabio como Chavarría", "Una visita al General Santa Cruz", "Nadie se mue-

re hasta que Dios quiere", "Con días y ollas venceremos", "Santiago el Volador", "Pancho Sales el Verdugo", "María Abascal", "Juana la Marimacho", y "Allí viene el Cuco" y particularmente los llamados cuentos de viejas, tradiciones folklóricas de aparecidos, duendes, penas y diablos en que se trasuntan las emociones más vivaces de su niñez y el ambiente de intimidación que rodea hasta ahora al niño peruano. El Colegio de San Carlos revive con su esplendor republicano de etiqueta y bullicio en la linda y finísima tradición "Los escrúpulos de Halicarnaso". Los amores de la juventud han dejado su huella en "Cómo desbanqué a un rival" y en general en muchas de las tradiciones que exhiben historias de enredos amorosos y apasionamientos, en las que se descubre un técnico en lances tenoriles que otros documentos comprueban. En "El fraile y la monja del Callao" ha referido sus temores y esperanzas el día del estreno de su drama Rodil a los diecinueve años. En "Orgullo de cacique" está su relato del naufragio del Rímac y de su odisea por los arenales iqueños. "La Conga" recoge sus emociones de revolucionario y de secuaz baltista y, en general, en todas sus tradiciones republicanas se mezclan recuerdos personales e históricos."¹

1. "Palma romántico" - Raúl Porras Barrenechea
(En Ricardo Palma - Sociedad Amigos de Palma)

Personajes

"Tres siglos desfilan en las Tradiciones peruanas de Ricardo Palma: primero, los conquistadores, finos en la pelea y heroicos en el infortunio, codiciosos y místicos, sensuales y devotos; después, los virreyes, desde Toledo, que fué al Perú a servir príncipes y mató a reyes, hasta el letrado Esquilache; desde el tronado y fastuoso Superunda hasta el aparentemente rígido Amat, con su caprichosa Perricholi, que dió a Dios los huesos después de haber dado al diablo la carne; desde el recto O'Higgins hasta el enigmático La Serna, el vencido de Ayacucho. Y en papeles más o menos principales, los quisquillosos obispos y sus frailes de manga ancha; los doctos y secos oidores, cuya ciencia y sequedad claudicaban lastimosamente ante la sonrisa burlesca o la mirada llameante de alguna tapada más o menos flaca de virtudes; los nobles elegantes y vanidosos, pero que a las veces sabían luchar bravamente con los piratas; los comerciantes adinerados que, como los multimillonarios yanquis de ahora, cambiaban sus talegas por un yerno de pergamino; los médicos de jeringa y sanguijuelas; los rúbulas y memorialistas, de erudición pedregosa y alambicado estilo; y, por encima de todos, la mujer de Lima, fina y graciosa, inteligente y audaz, enamorada y creyente, así fuera linajuda criolla descendiente de conquistador, o modesta mulatilla

con sangre extraviada de marqueses en las venas."¹

En las tradiciones, los tipos más sobresalientes son el virrey y la limeña y se completan uno a otro.

(a) La limeña

Como ya hemos dicho, la mujer limeña es un producto del clima y muy distinta de las de otras partes. En los meridionales, y sobre todo donde el clima es igual todo el año, los sentimientos son más exagerados. "Como enamorada, no hay mujer superior a la limeña. Cuando ama es la más sensible y apasionada de todas, y en la hora de la venganza no hay otra más terrible. Su pasión es un vértigo, y el hombre que la burla, juega su vida."²

Esa admirable mujer peruana es también producto del cruzamiento. "El odio de la española se ha unido al disimulo de la india. La indiferencia, ese rencor de buen tono; el olvido, ese perdón del agravio; la laxitud, esa inocencia de la saciedad, la son desconocidas. Cuando su pasión estalla, nada la detiene: ni Dios ni el Diablo."³

Lo sobresaliente en las tradiciones de Palma es su descripción de los personajes. Describe a su limeña

-
1. Prólogo de Tradiciones peruanas Calpe. Madrid, 1923.
(Se ignora el autor, pero se cree que es Angélica, hija de Palma.)
 2. y 3. "Un escritor peruano" - Arséne Aruss

con rasgos tan originales que ella no puede ser de otra parte - es la hija de Lima y tan distinta como su ciudad. Muchas, como doña Violante en "La monje de la llave", tienen "ojos más negros que una mala intención, tez aterciopelada, riza y poblada cabellera, talle de sílfide, mano infantil y el pie más mono que han calzado zapaticos de raso." Hay otras que "cuando miran parece que premian, y cuando sonríen parece que besan".

Una de las descripciones más originales es la de Consuelo en "El encapuchado": "Imagínense ustedes una limeña de talle ministerial por lo flexible, de ojos de médico por lo matadores, y de boca de periodista por el aplomo y gracia en el mentir. En cuanto a carácter tenía más veleidades, caprichos y engreimientos que alcalde de municipio, y sus cuentas conyugales andaban siempre más enredadas que hogaño las finanzas de la república." Las limeñas nunca parecen envejecerse. En "La emplazada" tenemos doña Verónica que, "no embargante sus cuarenta pascuas floridas, era, por los años de 1688, lo que en toda tierra de herejes y cristianos se llama una buena moza. Jamón mejor conservado ni en Westfalia."

La limeña típica vivía encerrada en su casa casi todo el tiempo. No tenía educación como los hombres, ni otro interés que el amor. No había muchas oportunidades de tratar personalmente con los hombres, pero una sonrisa en la calle o en la iglesia era bastante para empezar una

intriga amorosa, y a pesar de las precauciones de la familia, los amantes sabían entrar furtivamente en las recámaras y salir otra vez por sus escalás de seda. Como todos los de su sexo, perdían su interés después de la conquista y las mujeres hacían una de dos cosas: escondíanse en el convento o saciaban su venganza en los pobres galanes.

Ya hemos hablado de la mujer vengativa y los resultados de su ira. Pero contradictoria así como maliciosa, cuando fracasaban sus planes, el odio cambia al amor. Doña Elvira en "Monja y cartujo" trata de matar a su seductor y cuando no puede se enamora de él. No sabían aceptar su deshonor pero la revelaban a todo el mundo si fuera necesario. Por ejemplo en "Un drama íntimo", iban a matar a un hombre por haber matado a otro, y él no quería decir que éste era el seductor de su hija. Pero la hija para salvar a su padre, lleva al tribunal la carta que denunciaba su delito que él había recibido.

Las mujeres del Perú no perdonaban ni a los hombres ni a otras mujeres. Un brigadier, borracho después de su boda, dice algo que insulta a su esposa. Ella sale inmediatamente y va a vivir con su familia otra vez. Un año después, celebra una fiesta e invita a su marido; cuando todos estaban presentes le dió muerte. Otra limeña estaba enojada con una amiga y mandó que sus compañeros le cortasen la cara en forma de Z. También hay las dos que peleaban en la iglesia porque una se sentó donde la otra

quiso sentarse. Aunque mataron a otros por su infidelidad, muchas veces ellas mismas eran esposas infieles.

La limeña más típica y más mencionada es Micaela Villegas, actriz y preferida del virrey Amat y que todos llamaban "la Perricholi". Los escándalos de ella son bien conocidos en la historia del Perú. Como vemos en las tradiciones, "La Villegas quiso humillar a las damas de la aristocracia, ostentando sus equívocos hechizos en un carruaje y en el paseo público. La nobleza toda se escandalizó y arremolinó contra el virrey. Pero la cómica, que había satisfecho ya su vanidad y capricho, obsequió el carruaje a la parroquia de San Lázaro para que en él saliese el párroco conduciendo el Viático. Y téngase presente que, por entonces, un carruaje costaba un ojo de la cara, y el de la Perricholi fué el más espléndido entre los que lucieron en la Alameda."

Es cierto que su reputación no vino de su belleza, porque no tenía esa regularidad de facciones que se halla en una mujer hermosa, pero tenía la gracia que muchas veces es más importante, y "era digna de cautivar a todo hombre de buen gusto". La Perricholi, que tenía tantas perlas como pecados mortales, siempre trataba de eclipsar a las otras en todo, y la mujer que la dió más competencia era cierta María Castellanos. Esta, que también figura en varias tradiciones, era "la más linda morenita

limeña que ha calzado zapaticos de cuatro puntos y medio" y más de una vez puso en ridículo a su rival.

No todas las mujeres eran tan débiles y tan artificiales como éstas. Doña Ana de Borja, condesa de Lemos y virreina del Perú, aunque no tenía más de veintinueve años era muy astuta y capaz de gobernar en la ausencia de su marido. Doña Francisca Zubiaga, esposa del presidente don Agustín Gamarra, "en más de una ocasión supo vestir el uniforme de coronel de dragones y ponerse a la cabeza del ejército".

En "La Protectora y la Libertadora" el autor hace revivir a dos tipos femeninos de gran figuración histórica: Rosita Campusano, la suave amante del Protector San Martín, y la enérgica e imperiosa Manuelita Sáenz, la querida del Libertador Bolívar. Eran tan distintas como día y noche. "En la Campusano ví a la mujer con toda la delicadeza de sentimientos y debilidades propias de su sexo", pero "Doña Manuela era una equivocación de la naturaleza, que en formas esculturalmente femeninas encarnó espíritu y aspiraciones varoniles... La Protectora amaba el hogar y la vida muelle de la ciudad, y la Libertadora se encontraba como en su centro en medio de la turbulencia de los cuarteles y del campamento." Las dos representaron un papel muy importante en la vida de sus amantes y de todo el Perú.

Aunque no describe a nadie en particular, la definición que el autor nos da de una mujer es muy interesante: "En aritmética es un multiplicador que no hace operaciones con un quebrado; en álgebra, la x de una ecuación; en geometría, un poliedro de muchas caras; en botánica, flor bella y de grato aroma, pero de jugo venenoso; en zoología, bípedo lindo, pero indomesticable; en literatura, valiente paradoja de poetas chirles; en náutica, un abismo que asusta y atrae; en medicina, píldora dorada y de sabor amargo; en ciencia administrativa, un banco hipotecario de la razón y el acierto..."

(b) El virrey

Aunque era un tipo aparte, el virrey tenía las características de todo el pueblo. Lleno de sentimientos exagerados, su primer objetivo era la mujer, en cuyas manos era como tierra arcillosa que ella amoldaba a su capricho. Había muchos como el Conde de Nieva que "más que en la administración pensó en fiestas y galanteos", o el conde de la Monclova que "a pesar de sus diciembres a su excelencia se le encandilaban los ojos cada vez que por esas calles tropezaba con una de aquellas hembras hechas de azúcar y canela, vulgo mulatas, manjar apetitoso para libertinos y hombres gastados".

A pesar de la vida licenciosa que algunos llevaban eran, por lo general, magistrados de buenas dotes administrativas y de muchas virtudes. Don Francisco de Borja y Aragón, príncipe de Esquilache, es buen ejemplo de la combinación de las dos características. Tenía solamente treinta y dos años cuando Felipe III lo nombró virrey del Perú, y muchos criticaron el nombramiento porque hasta entonces el príncipe sólo se había ocupado en escribir versos, galanteos y desafíos. Pero el rey contestó: "En verdad que es el más joven de los virreyes que hasta hoy han ido a Indias; pero en Esquilache hay cabeza, y más que cabeza brazo fuerte". No se equivocó. Este "virrey-poeta", como lo llamaban, era un gran galanteador y todos hablaban de sus buenas fortunas amorosas. "Con una imaginación ardiente, donairoso en la expresión, valiente hasta la temeridad, y generoso hasta rayar en el derroche, era el tipo más cabal de aquellos caballerosos hidalgos que se hacían matar por su rey y por su dama." Por otra parte, sin embargo, sabía gobernar. Al llegar a Lima comenzó a crear una escuadra y fortificar el puerto contra los filibusteros, y entre otras cosas dictó sabias ordenanzas para los minerales de Potosí y Huancavelica, y creó el famoso colegio del Príncipe para educación de los hijos de caciques.

Otro virrey muy parecido a él era el señor don Manuel de Amat y Juniet. Licencioso en sus costumbres,

escandalizó mucho al país con sus aventuras amorosas, y las tenidas con la Perricholi sirvieron de tema para varios cuentos y aún libros. Pero interesado en su país, también hizo muchos mejoramientos. Inauguró el famoso Convictorio de San Carlos que ha dado tantos hombres ilustres a la América; cuidó mucho de la buena policía y limpieza de Lima; contribuyó a la fundación de un hospital para marineros, el templo de las Nazarenas en cuya obra trabajaba a veces como carpintero, el Coliseo, etc. En materia religiosa su liberalismo se adelantaba mucho a su época y trató, aunque sin éxito, de reformar las malas costumbres de los frailes. Tenía un balcón especial desde donde podía espiar a los frailes "que andaban en malos pasos por los barrios de Abajo el Puente". Pero a pesar de todo lo que hizo no fué un virrey querido en Lima.

Además de éstos, los gobernantes más mencionados en las tradiciones son el virrey Abascal, el conde de Lemos, don Luis Enríquez de Guzmán, don Gaspar de Avilés y Fierro, y don Francisco de Toledo.

El virrey Abascal era muy querido y su honradez política y su lealtad al monarca eran bien conocidas. Hay una tradición graciosa, "Una astucia de Abascal", en que él robó a un amigo una caja de alhajas que éste a su vez había tomado de otra persona.

El que se distinguió mucho por su devoción era

el conde de Lemos. Aunque se consideraba indigno de un noble, se le **veía** muchas veces barriendo el piso de la iglesia de los Desamparados, tocando el órgano o haciendo el oficio del cantor en la solemne misa dominical. Prohibió que se pintase cruz en sitio donde pudiera ser pisada; mandó que todos se arrodillasen al toque de oraciones; pero, a pesar de su beatitud, era gran amigo del fausto y pensaba mucho en las fiestas religiosas y en la salvación de su alma. El buen señor causó mucho escándalo cuando escogió para padrino de uno de sus hijos al cocinero negro del convento de San Francisco, pero él acalló la murmuración diciendo: "El talento y la virtud no son blancos, negros y amarillos, y Cristo en el Calvario murió por los blancos, por los negros, por los amarillos, por la humanidad entera. Todos venimos de Adán y Eva, y las razas no son más que variedades de la unidad".

Don Luis Enríquez de Guzmán era un hombre de ideas muy avanzadas para su época pero como siempre peleaba contra la Inquisición de Lima el pueblo lo bautizó con el apodo de "virrey hereje". También fué conocido por sus aventuras amorosas.

El excelentísimo señor don Francisco de Toledo "tuvo indudablemente dotes de gran político, y a él debió en mucho España el afianzamiento de su dominio en los pueblos conquistados por Pizarro y Almagro". Gastó cinco años

en visitar su virreinato para conocer las necesidades públicas y del carácter de sus súbditos. Sus famosas ordenanzas son hoy mismo apreciados como un monumento de buen gobierno.

El virrey Marqués de Castelfuerte era otro que empleaba sus horas en estudiar las costumbres y necesidades del pueblo, y todavía hay otros que siempre pensaron primero en el bienestar de su país, como el ya mencionado don Gaspar de Avilés y Fierro, don Baltasar de la Cueva, etc.

Según el tradicionista, el virrey más virrey que tuvo el Perú fué don Melchor de Navarra y Rocafull, duque de la Palata. "Instalado en palacio, desplegó el lujo de un pequeño monarca, implantó la etiqueta y refinamientos de una corte, y pocas veces se le vió en la calle sino en carruaje de seis caballos y con lucida escolta. Ningún virrey vino provista de autorizaciones más amplias para gobernar; pero también ninguno fué más que él sagaz, laborioso, justificado, enérgico y digno del puesto."

(c) Los clérigos

Durante el período colonial los clérigos tenían muy mala reputación, y Palma los presenta con todos sus vicios. En una tradición dice que "el clero era torpe, ignorante, servil, crapuloso y desaseado; pues muchos, sa-

cerdotes, a juzgar por el traje, tenían aspecto de cocineros más que de ministros del altar". Había frailes que escondieron dinero en sus celdas, que robaron a otros, que se enamoraron y que mataron.

"El padre Oróz" fue al principio hombre de muy buenas costumbres y entregado completamente a su ministerio sacerdotal, pero tuvo la desgracia de enamorarse violentamente de una joven, ya comprometida. Era su hija de confesión, y cuando él supo de su matrimonio, la asesinó. Huyó a Bolivia donde trabajaba como maestro, y al morir, confesó a su auxiliador su crimen y su estado religioso.

En "El Manchay-Puito" hay otro padre enamorado, y una semana cuando tenía que salir del pueblo, su novia se murió. Al regresar, él tomó su cadáver de la fosa, la vistió y la puso en una silla en su cuarto, cerrando con llave la puerta. Tres días después cuando sus amigos lograron entrar, "la descomposición del cadáver era completa, y don Gaspar, abrazado al esqueleta, se arrastraba en las convulsiones de la agonía".

Había muchos clérigos que sentían afición a otras carreras. El padre Chuecas manejaba la daga y el puñal y siempre prefería la sociedad de los militares, y también el fraile Miguel Gonzalez quien había sido coronel del regimiento de infantería. En "Buena laya de fraile" el héroe quería ser torero y siempre escapaba del monasterio para

tomar parte en las corridas. "El coronel Fray Bruno" era soldado como los dos otros y peleaba con San Martín. Pero para él, la guerra tenía el carácter de guerra religiosa, y después, quería volver otra vez a su vida de religión.

En las páginas del tradicionista hay también pintura de clérigos muy buenos como el fray Pedro Marieluz en "El secreto de confesión". Era capellán en el ejército de Rodil pero murió antes de revelar los secretos de confesión a su jefe. Un clérigo se hizo sastre también para mantener a su vieja madre; don Francisco López Sánchez trabajaba como albañil en su iglesia; uno de los arzobispos ayudó a una monja que se escapó para ir al teatro a gozar de la ópera italiana; y hay otros muchos incidentes de clérigos.

La tradición más entretenida de frailes es "¡Beba, Padre, que le da la vida!" La virreina doña Ana de Borja trataba de probar que un padre (sospechoso de ser impostor y espía) era verdadero fraile. Le dió mucho de comer y él devoraba todo. Tomó un cántaro grande de vino y lo dejó sin gota. Entonces "echó por la boca un regüeldo que imitaba el bufido de una ballena arponada". ¡No había duda que era fraile!

(d) Los conquistadores

Las tradiciones no dan una descripción completa

de los conquistadores ni de sus hazañas. Aparecen en varias de ellas pero con papel inferior y en incidentes más o menos insignificantes. Por lo general, eran muy crueles y codiciosos; maltrataban horriblemente a los indios y robaban sus tesoros. Tenemos, por ejemplo, el cuento de Mancio Sierra de Leguizamó quien robó el famoso sol de oro y lo perdió en un juego.

Había unos pocos que eran más bondadosos como Francisco de Chaves y Hernando de Haro, quienes defendieron al inca Atahualpa, y también de Soto. "Animoso, prudente y liberal, es Hernando de Soto la figura más simpática entre los hombres que acompañaron a Pizarro para la captura de Atahualpa", dice el autor.

Francisco Pizarro casi no aparece en las tradiciones. Hay una sobre "El retrato de Pizarro" y también las "Tres cuestiones históricas sobre Pizarro": ¿Supo o no supo escribir?; ¿Fue o no fue Marqués de los Atavillos?; y ¿Cuál fue y donde está su gonfalon de guerra? "Una partida de Palitroques" cuenta su pasión por este juego, y en "La muerte en un beso" vemos como él se dejaba dominar muchas veces por los caprichos de sus compañeros, pero además de estas narraciones, figura en muy pocas.

(e) Los militares

Entre los militares también había hombres crueles, pero la mayoría eran jefes de muy buenas cualidades.

El general Sucre, por ejemplo, "como hombre de mérito superior, era modesto hasta en su traje, rara vez colocaba sobre su pecho alguno de las condecoraciones conquistadas, no por el favor ni la intriga, sino por su habilidad estratégica y su incomparable denuedo en los campos de batalla".

Se decía del general don Antonio Valero, jefe de Estado Mayor de los patriotas que en 1825 asediaban el Callao, que "valía por su inteligencia, denuedo, actividad y previsión casi tanto como un ejército. Valero, como Sucre, era un soldado espiritual, de finísimos modales, culto de palabras, respetuoso con la mujer. Él entraba en el cuartel; pero el cuartel no entró en él. En un salón, Valero eclipsaba a todos sus compañeros de campamento por la elegancia y aseo de su uniforme, gallardía de su persona y exquisita amabilidad de su trato. En el campo de batalla Valero, como todos los bravos de la patria vieja, era un león desencadenado. No hacía más, pero no hacía menos que cualquiera de sus camaradas." Lo más extraordinario es que era ventrílocuo y eso salvó muchas veces su vida.

Como ejemplos de otros muy estimables tenemos el

coronel Francisco Bolognesi, mártir de Arica, y sus famosas palabras, "estoy resuelto a quemar el último cartucho"; el capitán Salaverry, "inteligente, simpático, honrado y bravo"; don Toribio de Luzuriaga, primer gran mariscal del ejército; y, el general Jerónimo Valdés. Este último en "Un general de antaño" mostró gran benevolencia cuando uno de sus capitanes le confesó que había matado a su sastre y dijo: "Esta revelación la ha hecho usted a Jerónimo Valdés, y no al general Valdés. El caballero y el amigo le aconsejan a usted que huya sin pérdida de minuto, antes de que el general Valdés sepa oficialmente el lance, y cumpliendo con su deber lo someta a un consejo de guerra. Sálvese usted, capitán, y que Dios le guíe."

Tal vez el más cruel de todos era el brigadier don Ramón Rodil quien fué cruel hasta la barbarie. Fusiló en un solo día treinta y seis conspiradores y también fusiló a su capellán cuando se negó a revelar las confesiones de los difuntos. Hizo semejantes barbaridades don Félix María Calleja, general del ejército realista quien "sorprendiendo a los insurgentes, cogió algunos centenares de ellos, los enterró vivos en una pampa, dejándoles en descubierto la cabeza, y mandó que un regimiento de caballería evolucionase al galope".

Entre otros militares tenemos el general Agustín Lerzundi, famoso por sus mentiras; el capitán Alonso Díaz,

tan fuerte que sus abrazos daban la muerte; y el capitán Zapata. Este capitán fué al Perú y se hizo rico con una mina del Potosí; volvió rico a Cádiz y luego desapareció. Su amigo Peláez, al regresar a España, cayó en poder de corsarios que lo llevaron a Argel. ¡Cuál no fué su sorpresa al saber que el Gran Visir era Zapata, "morisco y musulmán disimulado antes que, huyendo de la Inquisición, se había pasado a tierra de moros con todo lo que, en el Perú, había ganado!"

El más difícil de entender era don Diego de Arellano, capitán de arcabuceros que llegó de España. Tenía una reputación muy mala "porque todas las noches los espléndidos salones de su casa eran teatro de las más escandalosas orgías ... Jamás tendió el capitán una mano generosa al infortunio, y hablarle de practicar actos caritativos era excitar su hilaridad." Pero al pesar de su licencioso sistema de vida era también "El Nazareno" incógnito, ayudando a los pobres y desafortunados, lo que nadie supo hasta su muerte.

(f) Bolívar

Siempre humanizando las figuras históricas del Perú, el tradicionalista muestra al Bolívar como batallador, estadista, psicólogo y enamorado; pero casi siempre es galán, aficionado al baile y a las aventuras de salón y de

campamento, y era bien conocido su gusto por empresas eróticas. En "Las tres etcéteras del libertador" dice que él cuidó mucho del aseo de su persona y que consumió diariamente hasta un frasco de agua de Colonia; durante los cuatro años de su permanencia en el Perú, el tesoro nacional tuvo que pagar ocho mil pesos por esta agua de Colonia. Se dice también que "si don Simón Bolívar no hubiera tenido en asuntos de faldas aficiones de sultán oriental, de fijo que no figuraría en la historia como libertador de cinco repúblicas". Cada vez que alguien trató de matarlo durante la noche, él no estaba en su cama sino en la de otra persona; por eso, se dice que las mujeres siempre le salvaron la vida.

"El clarín de Canterac" y "La revolución de la medallita" son buen marco de la personalidad de Bolívar: en la primera, el triunfo de Junín exalta al estratega genial; en la segunda, es el político experto que sonríe ante el espanto de pretendidas conspiraciones. En "Justicia de Bolívar", uno de sus soldados trata de seducir a una muchacha y su madre lo mató. En vez de enojarse con ella, pone en desgracia a toda la compañía como ejemplo para los otros. "La última frase de Bolívar" también revela su carácter; al morir, el viejo libertador dijo: "Los tres grandísimos majaderos hemos sido Jesucristo, Don Quijote y yo."

(g) Otros personajes

Los otros personajes de Palma son muy distintos y basta mencionar solamente los más importantes.

En doce artículos cortos, mezclando la tradición con la historia documentada, Palma estudia minuciosamente la vida del célebre Maestro Francisco de Carvajal. Este tomito titulado El demonio de los Andes ha sido reproducido en la sexta serie de las Tradiciones peruanas. Carvajal es un carácter bastante difícil por su complejidad y lo exhibe Palma como burlón, cruel, irónico, etc. en diálogos cortos y llenos de gracia. También figura en otras tradiciones como, por ejemplo, "El verdugo real de Cuzco" en que es ajusticiado.

El verdugo de este cuento es interesante también. Se hizo verdugo para vengarse en su amigo, el seductor de su hermana, y además de eso fué también quien ajustició a Gonzalo Pizarro, a Francisco de Carvajal y a los demás capitanes vencidos en Saxahuamán. Siempre que él hacía justicia "se quedaba gran rato contemplando con melancolía el cadáver; pero luego, como avergonzado de su debilidad, se dibujaba en su boca la fatídica sonrisa que le era habitual".

El diablo es el frecuente protagonista de las tradiciones. "Pero su Satanás no es el personaje incorrecto y azufrado, obsesión de las imaginaciones medioevales; sino

un dandy galante, bien educado y bien oliente."¹ O, como dice otro autor, "es el diablo con capa roja y airones de plumas en el sombrero, con la escarcela provista de monedas, y abundando en bonitas palabras".²

Uno de los personajes más extraños es "la Monja-alférez". Había tomado el hábito de novicia en España, y cuando estaba para profesar huyó del convento y vino a América disfrazada de hombre. Se hizo soldado alcanzando al fin a ser alférez con título real, y en los disturbios de Potosí se hizo reconocer por capitán en uno de los bandos. "Cansada de aventuras ejerció el oficio de arriero en Veracruz; y que murió, en un pueblo de México, de más de setenta años de edad; que no abandonó el vestido de hombre y que nunca pecó contra la castidad, bien que fingiéndose varón engatusó con carantoñas y chicoleos a más de tres doncellas, dándolas palabra de casamiento, y poniendo tierra de por medio o llamándose Andana en el lance de cumplir lo prometido."

Otra monja, doña María Leocadia Alvarez, también tenía este espíritu aventurero. Fué caballero conocido en Buenos Aires y en Potosí con el nombre de don Antonio Ita. La tercera persona de este tipo era "Juana la marimacho"

1. Del romanticismo al modernismo - Ventura García Calderón

2. "Un escritor peruano" - Arséne Aruss

quien fué al principio capeadora y al fin carnicera.

Palma ha dedicado nueve o diez tradiciones a autores, pero son más estudios de sus obras que de sus características. Además no se dedica solamente a los hombres del Perú, porque tenemos cuentos interesantes del doctor Francia, el temerario dictador del Paraguay, de don Carlos María de Alvear, dictador argentino en 1814, y otros muchos.

Es siempre la descripción de las mujeres que sobresale en las tradiciones; las de todas clases y no solamente la limeña. Una de sus mejores descripciones es la de Veremunda, la florista más favorecida en la vecindad del Sagrario, y la más guapa mulatilla de Lima. "Era Veremunda una mozuela de veinte años bien llevados, color de sal y pimienta, que no siempre ha de ser de azúcar y canela; ojos negros como el abismo y grandes como desventura de poeta romántico, de esos ojos que parecen frailes que predicán muchas cosas malas y pocas buenas; boca entre turrón almendrado y confitado de cerezas; hoyito en la barba tan mono, que si fuera pilita, más de cuatro tomaran agua bendita; tabla de pecho toda esperanza, como en vísperas de boda; pie de relicario y pantorrillas de catedral. Al andar, unas veces titubeábanla las caderas, como entre merced y señoría, y otras se balanceaba como barco con juanetes y escandalosa en mar de leva. Vestía faldellín

listado de angaripola de Holanda, medias color carne de doncella, zapatitos negros con lentejuelas de plata y camisolín de hilo flamenco con randas de la costa abajo dejando adivinar por entre el descote un par de prominencias de caramelo coralino."

{ En las páginas del tradicionista hay figuras de alta belleza moral, que relampaguean en contraste con caricaturas innumerables. La limeña antigua no es siempre la muñeca caprichosa, gastadora y parlera que se enoja y obstina; algunas veces las exhibe en actitudes de insuperable abnegación. En "Amor de madre" una limeña tenía un esposo que era muy bueno al principio pero que luego se aficionó al juego y perdió todo. Mató al marqués con quien estaba jugando, confesó, e iban a ajusticiarlo. Su esposa, sin embargo, fué al virrey y dijo que ella era adúltera y por eso había matado al marqués. El esposo fué perdonado pero se volvió loco. La mujer había sacrificado su honra por evitar que sus hijos se llaman un día los **hijos** del ajusticiado. }

{ De todos los personajes me gusta más la madre de "Haz bien sin mirar a quien", y esta tradición también muestra cómo a veces (pero muy pocas) un carácter cambia de malo a bueno. Perico Moreira mata a Andrés Moreno porque los dos estaban enamorados de la misma muchacha. Huye Perico, y la madre de Andrés lo protege. Aunque cuando su-

po quien era no quería tomar el desquite. A pesar de su duelo, le dió todo su dinero y lo ayudó escapar del pueblo. Dos años después, alguien vino de Potosí (donde Perico se había hecho rico) con dinero para ella, pero al mismo tiempo robó el niño que Andrés y su novia habían tenido. Después de la muerte de su hijo, la madre era tan pobre que la gente del pueblo tenía que mantenerlos a ella y su nieto. Muchos años después del robo, Perico mismo regresó con el hijo a quien había hecho sacerdote. Dijo a la madre que no podía devolverle el hijo que le había robado pero quería darle un nieto que era clérigo.

Muy pocos personajes cambian como Perico. Casi siempre en las tradiciones o son muy buenos o muy malos.

Ambiente

El ambiente de las tradiciones es casi exactamente como el que nos da la historia. El autor describe los sucesos más importantes de la historia del Perú y también la vida social de su capital.

Todos los períodos históricos del Perú - desde el siglo quince hasta fines del diecinueve - están tratados, aunque no con el mismo cuidado, en las tradiciones. Hay algunas, como "La achirana del Inca", que se remontan a los tiempos prehispánicos; luego, La Conquista y las gue-

rras civiles que la siguieron, le ofrecieron al autor otros incidentes - las disensiones de Almagro, de Gonzalo Pizarro, etc. El período que va de 1500 a 1700, durante el cual la vida de Lima fué bastante monótona, carece de interés para el historiador; pero Palma descubrió en él materiales suficientes para tradiciones como "Una aventura del virrey-poeta", "Los polvos de la condesa", "Una vida por una honra", etc. El período que le agradaba más al autor, sin embargo, era el siglo dieciocho que mostró la diferenciación creciente entre las costumbres limeñas y las de España: el criollismo comenzó entonces a afirmarse, y el escepticismo anticlerical se mostró por todas partes. De este período vienen muchas de sus mejores tradiciones - "La camisa de Margarita", "La gatita de Mari-Ramos", "Capricho de limeña", "Las genialidades de la Perricholi", y otras muchas. Del siglo diecinueve hay algunas relacionadas con la Guerra de la Independencia, las civiles que vinieron después y la del Pacífico. Estas son interesantes por los detalles de sucesos importantes y de la vida privada de algunos caudillos militares y políticos, pero como tradiciones, son menos artísticas que las que tratan de personas y costumbres de tiempos lejanos al de Palma.

Además de guerras y revoluciones, hay relatos de otras cosas como la invención del primer buque de vapor en 1543, la introducción de la imprenta en Lima en

1583, la máquina para volar hecha por "Santiago el Volador", expediciones de geógrafos y naturalistas, el naufragio del vapor de guerra Rimac en 1855 y aun cosas como el monstruo con dos cabezas que nació en Lima. También describe las catástrofes de la naturaleza: los terremotos que destruyeron mucho de Lima; las erupciones de un volcán; y el desastre en Callao cuando el mar se retiró dos millas de la playa y una ola gigantesca y espumosa avanzó sobre la población. Pero estas ocurrencias eran muy raras, y en Lima "donde la lluvia no pasa de una ligera garúa" y "cuyo sereno cielo no ennegrece jamás", toda la población era aterrorizada un día cuando había trueno y relámpago.

Lo más importante, sin embargo, es la descripción de la Lima colonial en todos sus aspectos, y una de las tradiciones que contiene más material es "El divorcio de la Condesita".

"El salón de más lujo ostentaba entonces larguísima canapés forrados en vaqueta, sillones de cuero de Córdoba adornados con tachuelas de metal y, pendiente del techo un farol de cinco luces con los vidrios empañados y las candilejas cubiertas de sebo. En las casi siempre desnudas paredes se veía un lienzo, representando a San Juan Bautista o a Nuestra Señora de las Angustias, y el retrato del jefe de la familia con peluca, gorguera y espadín. El verdadero lujo de las familias estaba en las

alhajas y vajilla".

La educación de la mujer de calidad era muy distinta de la de hoy. "Un poco de costura, un algo de lavado, un mucho de cocina y un nada de trato de gentes". Se reducía a leer lo bastante para enterarse de la vida del santo del día y escribir lo suficiente "para hacer el apunte del lavado". A muchas no se las enseñaba a leer para que no aprendiesen en libros prohibidos cosas pecaminosas. También era necesario tocar el arpa y aprender lo preciso para lucir su habilidad en una misa de aguinaldo. "Esto, un mucho de repetir de coro trisagios y novenas, un poco de condimentar dulces y ensaladas, y un nada de trato de gentes, y pare usted de contar, fué la educación de la millonaria y bella damisela."

Los viejos amigos íntimos de los padres y el reverendo confesor de la familia eran los únicos varones a quienes las muchachas veían con frecuencia. "Así, cuando llegaba un joven a visitar al dueño de casa, las muchachas emigraban del salón como palomas a vista del gavilán.

Esto no impedía que por el ojo de la llave, a hurtadillas de señora madre, hicieran minucioso examen del visitante. Las muchachas protestaban, in pecto, contra la tiranía paternal; que, al fin, Dios creó a ellas para ellos y al contrario. Así, todas rabiaban por marido; que el apetito se les avivaba con la prohibición de atravesar

palabra con los hombres, salvo con los primos, que para nuestros antepasados eran tenidos por seres del género neutro y que de vez en cuando daban el escándalo de cobrar primicias o hacían otras primadas minúsculas."

["A las ocho de la noche la familia se reunía en la sala para rezar el rosario, que por lo menos duraba una hora, pues le adicionaban un trisagio, una novena y una larga lista de oraciones y plegarias por las ánimas benditas de toda la difunta parentela. Por supuesto, que el gato y el perro también asistían al rezo.] La señora y las niñas, después de cenar su respectiva taza de champuz de agrio o de mazamorra de la mazamorrería, pasaban a ocupar la cama, subiendo a ella por una escalerita. Tan alto era el lecho que, en caso de temblor, había peligro de descabrirse al dar un brinco."

["No obstante la paternal vigilancia, a ninguna muchacha le faltaba su chichisbeo amoroso; que sin necesidad de maestro, toda mujer, aun la más encogida, sabe en esa materia más que un libro." Pero el padre siempre era el que elegía el marido, y si no era de su conveniencia, la muchacha no tenía otro recurso que el de encerrarse en un convento.

Los buenos habitantes de Lima se encerraban en su casa a las diez de la noche, pero, a pesar de la obscuridad, algunas veces era posible distinguir los galanes

enamoradas bajando de un balcón o corriendo por las calles.]

"Las tapadas que cruzaban, en el atardecer, con su garbo donairoso, las calles de Lima, impregnaban de inquietud el ambiente con el fino y ardiente sensualismo de sus ojos."¹ En la parte sobre personajes hemos visto los encantos físicos de la limeña y su poder sobre los hombres. "El lujo de las limeñas no fincaba, como hoy, en lucir cada quince días nuevo traje confeccionado por modista, ni en los demás accesorios de toilette que bastan para adquirir renombre de elegancia y buen gusto. Pero lo morrocotudo del lujo de mis paisanas era el cofre de alhajas."

"Las limeñas del tiempo de la saya y manto eran muy dadas a usar alhajas. Con ese vestido no gastaban guantes y lucían una mano, en la que cada dedo ostentaba más anillos que falanges, y el puño iba aprisionado entre dos o tres pulseras que figuraban serpientes con escamas abrillantadas." En su pelo siempre llevaban flores. Las casadas acostumbraban ponerse las flores al lado derecho de la cabeza y las solteras al izquierdo, y "era sabido que rosas y claveles al lado izquierdo significaban que la propietaria se hallaba en disponibilidad para admitir huéspedes en el corazón."

1. Artículo de "La Nación" de Santiago, el 7 de febrero de 1933. (En En torno de Ricardo Palma - Felieu Cruz)

Existieron siempre muchas ordenanzas dictadas contra las tapadas, y las mujeres se enojaron cuando alguien mandó lo que podían y no podían llevar. Los virreyes marqueses de Guadalcázar y de Montesclaros y otros intentaron abolir la saya y manto, pero sin éxito.

"La primitiva saya, que perduró hasta cinco o seis años después de la batalla de Ayacucho, fué... una prenda muy antiestética, especie de funda desde la cintura a los pies, que traía a la mujer como engrilletada, pues apenas podía dar paso mayor de tres pulgadas. Para las tapadas, en España y en todas las capitales de virreinato americano, la mantilla y el rebocillo eran los encubridores del coqueteo. Para la tapada limeña lo fué el manto negro de sarga o de borloncillo, no del todo desprovisto de gracia."

"Cuando, en 1835, el general Salaverry encabezó la revolución contra la presidencia de Orbegoso nació la salaverrina, de falda suelta y airosa, que permitía libertad de movimientos. Esta fué la saya que tanta fama diera a la tapada limeña, pues con ella, amén de la gentileza corporal, salieron a lucir las agudezas del ingenio."

Hacia 1853 o 54 la saya y el manto comenzaron a desaparecer, y la gorra a la francesa y el llamado pañuelón o chal los reemplazaron. También las limeñas cambiaron su picaresco rebozo por los abominables sombreros

de las modistas francesas - sombreros cargados de flores, encajes, cintas y plumas. Desde entonces la saya y el manto se reservaron para las procesiones y parece que la última vez que las limeñas se presentaron, con este disfraz fué en la procesión de Corpus de 1854.

"Sabido es que, así como en nuestros días ningún hombre que en algo se estima sale a la calle en mangas de camisa, así en los tiempos antiguos nadie que aspirase a ser tenido por decente osaba presentarse en la vía pública sin la respectiva capa. Hiciese frío o calor, el español antiguo y la capa andaban en consorcio, tanto en el paseo y el banquete cuanto en la fiesta de iglesia."

El alma de la Colonia era dominada por tres sentimientos fundamentales: "el de su vida social, sentimental, voluptuosa y opulenta, dada a los goces y a la despreocupación y sacudida a la vez por intensas y trágicas pasiones; el de su vida religiosa, ardiente, imperiosa y magnífica; y el de sus luchas y sus discordias, que, bajo la apariencia de inmovilidad de la Colonia, agitaba a los Conquistadores, a los españoles y los criollos, atravesaba los muros de los Conventos, de los Capítulos, de las elecciones religiosas, universitarias, civiles; choques de disputados intereses y ambiciones, que incendiaban las almas y que dividían a los hombres."¹

1. El genio de la lengua y de la literatura castellana - Javier Prado.

En la vida de la Colonia las corridas de toros y las peleas de gallos constituían sucesos sensacionales, y la llegada de un buque y las noticias de que él era conductor proporcionaban por largo tiempo el gasto de las tertulias. Por las tardes la gente se reunía en el mentidero para chismear, y muchos galanes y demás gente desocupada afluían en las gradas de la catedral. "Las gradas eran el mentidero público y la sastrería donde se cortaban sayos, se zurcían voluntades y se deshilvanaban honras." Por muchos años no había cafés en Lima. Desde Pizarro hasta 1771 toda persona decente que deseaba tomar un refresco fuera del domicilio sólo podía hacerlo en los establecimientos destinados para el juego de pelota. Estos sitios fueron poco a poco democratizándose y la gente aristócrata dejó de concurrir a ellos. Al fin, en 1772, un italiano llamado Francisquín estableció en la calle de la Merced un café, favorecido por el virrey Amat, que podía hacer competencia al mejor de Madrid.

Los limeños tenían muchas fiestas y celebraciones y se dice que las calles fueron pavimentadas con barras de plata durante ciertas fiestas. Por una celebración había "quince días de procesiones, calles encintadas, árboles de fuego, mojigangas, toros, sainetes e incesante repique de campanas: quince días de aristocráticos saraos, y en los que las limeñas lucieron millones en trajes y

pedrerías: quince días en los que se iluminó la ciudad con barriles de alquitrán, iluminación que para la época, valía tanto como la del moderno gas . . ."

La gente de aquella época era dada a creer en lo sobrenatural, y nada podía hacerla entender que era mentira aquello de que las brujas viajaban por el aire montadas en cañas de escoba, y que hacían maleficios y leían en el libro del porvenir. Tenían supersticiones del número trece, etc., y las supersticiones astrológicas eran muy importantes a los médicos, cirujanos, boticarios y barberos de Lima en el siglo diecisiete. También tenían que cortarse las uñas cuando la luna estaba en Tauro o en León y hacer muchas otras cosas para tener buena suerte.

Era muy interesante la costumbre que tenían los muchachos de Lima de poner letreros en las paredes de las calles, y de pintar en ellas mamarrachos. Durante el período colonial no había en Lima casa en cuyo traspatio no se vieran "pinturas de churrigueresco pincel". Por lo general, se copiaba un cuadro representando la prisión de Atahualpa, la revolución de Almagro el Mozo o otra escena histórica. Pero además de cuadros las paredes contenían injurias contra alguien. "- El oidor tal es un borracho, el alcalde cual un pícaro y el corregidor ene un ladrón -, eran los mote que más pululaban." Ni las paredes del palacio estaban libres de estos pasquines, y a veces los

virreyes escribieron sus propias respuestas a los insultos. Se dice que al dejar el mando Amat, apareció en uno de los corredores estas palabras:

¡Juh! ¡Juh! ¡Juh!
Ya se te acabó el Perú.

En seguida el virrey escribió debajo:

¡Jih! ¡Jih! ¡Jih!
Cinco millones me llevo de aquí.

Las sanciones aplicadas en el Perú nos parecen un poco inhumanas. Los ladrones y tales personas recibían azotes muy fuertes y siempre en público, y ahorcaban a cualquiera que era sospechosa sin tratar de comprobar su delito. Muchas veces después de ahorcardos, les cortaban la cabeza o las manos y las colocaban en una pica o un poste para servir de ejemplo a los otros. Un pregonero siempre pasaba por las calles cuando se iba a ajusticiar a un delincuente y todos los templos permanecían abiertos, y las campanas tocaban rogativos.

Sin embargo, no les ajusticiaron a todos. Muchos lograron escapar y corrieron a la iglesia de donde nadie podía sacarlos. Son muchas las tradiciones en que la iglesia le salva a algún delincuente. También había ciertas casas en que la ley no podía entrar, y en "Capri-cho de limeña" tenemos a la mujer obstinada que no quería

entregar a las autoridades un asesino que se había refugiado en su casa.

Ni la gente de aquel tiempo ni los frailes mismos eran muy religiosos. "Quizá punto de orgullo y de moda, más que de devoción, era el que los ricos empleasen sus caudales en fundaciones monásticas. Tener muchos frailes y muchas monjas en la familia, era tener ya asegurado lugarcito en la gloria eterna. Y luego eso de morir en olor de santidad llegó a ser epidemia, sobre todo en Lima."

Los varios órdenes religiosos siempre peleaban y aun lo hicieron los frailes entre sí. En esa sociedad que carecía de novedades y distracciones cada elección de superior o abadesa de convento era motivo de pública agitación, y las familias empleaban mil recursos para conseguir votos en favor del candidato de sus simpatías. También había muchas querellas entre los arzobispos y los virreyes.

Una costumbre interesante era la de las lloronas. "Existía en Lima, hasta hace cincuenta años, una asociación de mujeres todas garabateadas de arrugas y más pilon-gas que piojo de pobre, cuyo oficio era gimotear y echar lagrimones como garbanzos..." En España éstas se llamaban plañidóras, pero en el Perú se las bautizó con el de doloridas o lloronas. Las empleaban para llorar sobre los difuntos y también para el Viernes Santo. Los funerales no eran algo que pasó un día y que fueron olvidados al siguien-

te. Duraba treinta noches la ceremonia de recibir el duelo en casa del difunto y durante este tiempo la sala estaba enlutada con cortinajes negros y alumbrada con un fanal o guardabrisa cubierta por un tul que escasamente dejaba adivinar la luz.

Había epidemias de muchos tipos en Lima, pero la más chistosa era la de los padrinos. Un muchacho tenía padrino cuando el barbero iba a rasurarlo por primera vez; en la Universidad de San Marcos, todo aspirante a grado en cualquiera de las facultades llevaba padrino; había uno también para el que cantaba primera misa o el que iba a consagrarse obispo, para el que iba a casarse o el que iba a la horca. Según el autor, hasta para doblar el petate uno tenía que tomar por padrino "al médico y al confesor, y al escriba o fariseo".

En las tradiciones el autor describe todos los aspectos de la vida limeña - lo que comían y llevaban, las canciones que cantaban y los bailes que bailaban, las casas de juego y los varios juegos a que se entregaban, las funciones de títeres, los teatros y todos los lugares a donde concurrían a divertirse.

Palma, sin embargo, no ha escrito solamente de Lima, y hallamos descripciones muy buenas de Guayaquil y la guayaquileña, la vida de Potosí y de muchos pueblos de las diversas regiones, costañas y serranas, del país. Al-

gunas tradiciones toman lugar en Paucarcolla, San Pedro, San Jerónimo, Castrovirreina, Huacho, Magdalena de Eten, etc., y existen descripciones de la vida en las haciendas y sobre todo de las minas famosas que proporcionaron montones de plata y oro. Sin embargo, no es el Perú en sus aspectos geográficos el que se halla en las tradiciones. El autor no describe el paisaje peruano en general ni las serranías en particular. El sabía que su verdadero talento consistía en pintar los personajes y la vida de la capital, y lo hizo con tanta maestría que parece haber vivido aquella existencia, como si hubiera escuchado sus diálogos o hubiera asistido a sus escenas.

Ideas del autor

Como ya hemos visto, Ricardo Palma amaba y vivía en el pasado y prefería escribir acerca de los tiempos lejanos. Eran muchos los que le preguntaron por que razón se dedica a escribir leyendas como éstas. El autor les contesta en la carta tónico-biliosa a una amiga, que sirve de introducción a la segunda serie:

Razona así el **egoísmo**
del siglo razonador,
y así vamos por vapor
y en línea recta al abismo.

Fe y sapiencia nombres vanos,
como hogaño, no eran antes:
hoy presumen de gigantes
hasta los tristes enanos.

Hoy ya no inspira entusiasmo
lo serio, sino el can-can,
y en leal consorcio van
la duda con el sarcasmo.

y añade más adelante:

Y el presente, a mi entender,
con sus luces y progreso
es muy prosaico... por eso
pláceme más el ayer.

Hoy es el mercantilismo
la vida del pensamiento;
es dios el tanto por ciento
y es su altar el egoísmo.

¡Son nuestros tiempos fatales!
Por eso, por eso vivo
hecho un ambulante archivo
de historias tradicionales.

Y a veces tanto, en verdad,
me identifico con ellas,
que hallar en mí pienso huellar
de que viví en otra edad.

Aun en las tradiciones habla del placer de elevar nuestros pensamientos a los días de la infancia y dice que "el ayer siempre es poético: es una especie de sol al que apenas se le ven manchas, porque está muy lejos".

Aunque estaba enamorado de la Lima colonial, podía ver sus defectos y se burlaba de algunas de sus costumbres. Sus ataques a la clase aristocrática, sin embargo, no tienen malicia. Se burla mucho de la limeña y so-

bre todo la que se llamaba virtuosa. "Que una mujer de-
cante virtud porque no ha tenido ocasión de ponerla a prue-
ba, es cosa que se encuentra al torcer cada esquina, y pa-
ra nosotros es una virtud hechizada y de poca ley. La que
no esquiva el peligro y sale de la lucha immaculada es,
perdónese nuestra opinión en gracia de la franqueza, la
mujer de virtud real." En cambio, simpatiza mucho con sus
limeñas desdichadas, y hablando de una, dice: "Cristo, que
perdonó a Magdalena porque amó mucho, habría también com-
padecido a esta mujer, que con tan severa expiación pur-
gaba el delito de haber sentido latir un corazón dentro
del pecho, de haber obedecido a esa ley de todos los seres
que se llama amor."

El autor critica la trata de esclavos, la edu-
cación de la mujer de calidad, el estudio del latín y o-
tras cosas, pero también muestra las cosas buenas. Por
ejemplo, cree que antes de la Independencia, una madre e-
ra lo que había de ser. No eran como las "madres jóvenes"
de su época, "muy talluditas jamonas, constituidas en con-
fidentes de las coqueterías y picardihuelas de sus hijas,
y que por cuenta propia saben también dar un cuarto de es-
cándalo al pregonero."

Sus ataques al mundo religioso y eclesiástico,
y al celibato de sacerdotes y monjas son más llenos de ma-
licia. En "La monjita de Ayacucho" expresa muchas de es-

tas ideas.

"No sé por qué haya de ser causa de escándalo el que una monja rompa la clausura y votos (impuestos o aceptados espontáneamente) contra las inmutables leyes de la Naturaleza, a la que mal pueden contrariar las flacas criaturas terrestres. Los votos monásticos, y el de castidad perpetua sobre todo, son indefendibles en nuestra época. Subsisten por rutina o costumbre, por histrionismo religioso más que por disciplina o necesidad de la Iglesia de Cristo."

"No somos de esos librepensadores que no quieren que los demás piensen libremente, sino a condición de que han de pensar como ellos piensan; pero en medio de nuestro genial espíritu de tolerancia no transigimos con farsas absurdas como las excomuniones, con la tiranía que sobre la conciencia se ejerce en el confesonario, con instituciones como el jesuitismo, adversas al progreso social, y mucho menos con la subsistencia de esas asociaciones llamadas conventos de frailes y monjas, asociaciones que en nuestros días carecen de razón de ser."

"Hoy a nadie, y menos a la mujer, es lícito el aislamiento y lo que los teólogos llaman vida contemplativa, es propia de ángeles espirituales y no de seres corporales. La humanidad es una inmensa colmena y nadie tiene derecho a ser zángano en ella. En la tierra como en la

tierra y en el cielo como en el cielo."

"Dicen los fanáticos que, siendo de católicos ortodoxos la gran mayoría de la nación peruana, nadie debe atacar los errores y farsas del catolicismo romano. Tanto valdría sostener que en tierra donde la mayoría fuese de borrachos no es lícito predicar contra el alcoholismo."

El autor dirigió muchas de sus pullas contra los frailes y dijo que "la fama de mansedumbre que disfrutaban los hijos del seráfico nada tiene de legítima." Sobre todo, critica las excomuniones y la protección que la iglesia ofreció a los asesinos y otros delincuentes.

"En aquellos tiempos las excomuniones andaban bobas y producían menos efecto que los polvos de Jalapa, purgativo de la moda. Excomulgaba la Inquisición, excomulgaban los curas, excomulgaban los superiores de orden monástica; en fin, todo títere con hopalandas sacerdotales tenía derecho para declarar al prójimo fuera de la comunión católica-apostólica-romana, condenándolo al fuego eterno del infierno. Por lo más insignificante, por una duda de conciencia, por una barraganía o amancebamiento, por leer un libro prohibido, por no ayunar en cuaresma, etc., le caía a uno encima, expresa o tácita, una excomunión que lo partía por la hipotenusa. Puede afirmarse sin exageración que las dos tercias partes de los peruanos vivían excomulgados. Parece que las excomuniones se les

convertían en salud: no quitaban sueño ni apetito. Hasta virreyes excomulgados tuvimos y gobernaron como si tal cosa."

El tradicionalista odió profundamente a los jesuitas que "en el Perú han sido siempre batalladores y motinistas, insolentes para con la autoridad y sembradores de cizaña... A los jesuitas les ha gustado siempre meter bulla y atraer sobre sí la atención pública." Continúa con más vehemencia: "¡Oh! ¡Los jesuitas, los jesuitas! ¿Y hay todavía imbéciles... que les confían la educación de sus hijos?" Una cosa que no le gustó era que ellos siempre se enojaron de cada insulto proferido e iniciaron sus procesos ridículos. Los franciscanos, dominicos, mercenarios y agustinos fueron siempre, en España y en el Perú, objeto de sátira mordaz y nunca elevaron una queja, pero la Compañía de Jesús quiso gozar de inmunidad. El autor cree que "el primer eclipse de sol que en Lima presenciaron los españoles fué el día en que desembarcaron en el Callao los buhos ignacianos."

Palma nos da su opinión acerca de los personajes importantes así como las instituciones y las costumbres. Cree, por ejemplo, que Hernando de Soto valía tanto como o más que Pizarro, y que es injusta que éste haya recibido toda la gloria por la conquista del Perú y apenas se menciona al otro. También habla de San Martín

y Bolívar y dice que el primero "sembró la semilla y la cultivó hasta dejarla en estado de florecencia. A Bolívar le tocó cosechar el fruto. Llamar a San Martín Fundador de la Independencia sería lo correcto. Quede Bolívar en quieta posesión del nombre de Libertador."

Estilo

El estilo de Ricardo Palma, aunque semejante al de otros escritores, es su propiedad, exclusiva e imitable. Hay en este autor una curiosa mezcla de criollismo y españolismo. La malicia chispeante y la gracia burlona e irreverente del **criollos** se mezcla con el aroma romántico que se halla en los poetas españoles del siglo. Palma en la literatura peruana, como Cervantes en la española, ha unido toda la gracia del habla **espontánea** y popular al refinamiento y a la elegancia del lenguaje culto y esmerado, y esto siempre proporciona frescura y encanto a una obra.

El tradicionista domina completamente el idioma. "No hay más que darle un puñado de vocablos recogidos en el arroyo, los más prosaicos y ruines, de esos que el vulgo encanalla con su hablar pedestre; y al punto se verá cómo el mago los incrusta, los combina, los dignifica y les da viso, haciéndolos entrar en su debido

puesto en la hermosa escala de tonos de una frase hábilmente graduada de colores."¹ Pero un conocimiento profundo de los artificios de una lengua y la posesión de un copioso léxico no son bastantes. Se necesita algo más - lo que el mismo Palma dice que es preciso para escribir buenos versos:

Forme usted líneas de medida iguales,
y luego en fila las coloca juntas
poniendo consonantes en las puntas;
-¿Y en el medio?-¿En el medio? ¡Ese es el cuento!
Hay que poner talento.

Eso es lo que él pone en el medio y por todas partes de sus renglones de inimitable prosa. Muchas veces su estilo parece tener una sencillez tan ingenua que sus imitadores se regocijan e imaginan que ellos pueden llegar allí, pero de sencillo no existe más que la apariencia.

Están de acuerdo todos los críticos de que una de las cualidades más excelentes de las tradiciones es la exuberante manifestación que en ellas hace de la riqueza y galanura del habla castellana. Es una riqueza de voces, frases y giros, tomados alternativamente de boca del vulgo, de la gente que se reúne en mercados y

1. "Ricardo Palma" - N. Bolet Peraza

tabernas, y de los libros y demás escritos antiguos de los siglos dieciséis y diecisiete. Pero, en general, escribe como correcto escritor castellano, y sólo de vez en cuando aparecen los americanismos como "motinistas", "historietistas", "cabildantes", "chichirinada", etc. Palma mismo nos dice: "En materia de limeñismos (y hasta de peruanismos), he cuidado de consagrar papeleta sólo a aquellos que cuentan con siglos de existencia, lo que hace ya imposible su desaparición en el lenguaje peruano, y que sin escrúpulo han sido empleados por los más cultos escritores sudamericanos."¹

Una de las cosas más interesantes es la manera con que describe algo muy ordinario con rasgos completamente originales. Hablando del amor, por ejemplo, dice que el señor fulano se enamoró "hasta la coronilla" o "más arriba de la coronilla"; que estaba "enamorado de su mujercita hasta la pared del frente" o "hasta las uñas de una paucartambina"; que "quemaba el incienso del galanteo ante la linda guayaquileña" o era entre los que "bebían por ella los vientos". Cuando una muchacha se enamora de un galán dice que "se le entró por el ojo derecho a la niña", y del limeño que va a casarse, dice que

1. Dos mil setecientas voces que hacen falta en el diccionario. - Ricardo Palma

"había encontrado la media naranja que le faltaba en una linda chica de veinte abriles muy frescos".

Los personajes de Palma no tenían años como otras personas - tenían abriles u octubres; algunas veces "frisaban en los setenta diciembres"; y había un español "que barbeaba medio siglo". Tampoco se enfadaron sus personajes: "quisieron agarrar con las manos los cuernos de la luna"; "se subieron al cerezo"; o tal vez alguien "se le subió la mostaza a las narices". Sus señores y señoras eran "de grandes campanillas"; un hombre rico "tenía ya el riñón bien cubierto"; había sucesos que fueron en Lima "más sonados que las narices", ciencias que todavía andaban "en mantillas", hombres que "llevaban alcoholizados los eposentos de la cabeza" o a quienes "el vino sacó de caja todos los cerebros", etc. Se encuentran estas expresiones en cada página, y algunas veces en cada frase.

El estilo de las tradiciones es rico en variedades de tono, y el autor sabe interesar por los contrastes y por la sorpresa. "La tradición se desliza sin rechimientos, sin estridencias, suavizando el drama con sonrisas, la tragedia con chistes, la gravedad con donosura."¹

1. Historia de la literatura americana - Luis Alberto Sánchez

Palma tiene la difícil facilidad de trazar con pocos rasgos, en sus narraciones, cuadros completos, y de condensar en una página medio libro de historia y otro medio de ideas y lindos pensamientos. Además, nada deja que desear en las descripciones de sus personajes. Tiene el arte de animar las figuras y nos las presenta tan a lo vivo que nos parece verlas y hasta escuchar el acento de su voz.

Ya hemos hablado bastante de la limeña y es mejor describir a otros, porque el tradicionista da la misma atención a casi todos sus personajes. Don Dimas, por ejemplo, era un escribano de Lima. "Fama es que a tal punto habíanse apoderado del escribano los tres enemigos del alma, que la suya estaba tal de zurcidos y remiendos que no la reconociera su Divina Majestad, con ser quien es y con haberla creado... Era un abejorro recatado de bolsillo y tan pegado al oro de su arca como un ministro a la poltrona, y que, en punto a dar no daba ni las buenas noches." También hay otros como el almirante famoso, "hombre de más humor que una chimenea", siéndonos imposible, por lo variado, mencionar a todos.

Algunos autores critican la ironía de Palma, pero los demás creen que no intenta ser irónico, porque en la ironía hay siempre una escondida hostilidad, y su burla es franca. Esta tendencia a burlarse de todo lo

hace escribir dichos que parecen sacrílegos a algunos lectores. "Por fortuna, Palma tenía buen gusto, y sabía frenar a tiempo esa su natural y endiablada inclinación, de tal modo que nadie podría acusarlo de vulgaridad: si sus pullas y saetas llevan puntas de gentil irreverencia, se vuelven inofensivas gracias al espíritu de benevolencia que las suelta y las anima, sin querer herir ni mortificar a nadie."¹ O, como otro autor ha dicho: "Roza siempre los hombres y las costumbres sin cortar hasta el hueso."²

Lo que más encanta en las tradiciones es su manera de hablar con sus lectores; es como si estuviera sentado en una silla platicando con nosotros. Siempre en personal su estilo y el autor mismo está en cada una de sus tradiciones. Hablando de como los mosquitos obedecieron a Santa Rosa cuando dijo - "A recogerse, amigos, formalitos y sin hacer bulla", él nos dice que "eso se llama buena educación, y no la que da mi mujer a nuestros nenes, que se le insubordinan y levantan algazara cuando los manda a la cama."

Muchas veces, como en "Don Dimas de la Tijereta", él explica porque cambia el giro de algo: "No faltará quien

-
1. "Ricardo Palma y la tradiciones peruanas" - George W. Umphrey y Carlos García-Prada
 2. "Juicios literarios" - Miguel Cané

piense que esta digresión no viene a cuento. ¡Pero vaya si viene! Como que me sirve nada menos que para informar al lector de que..." También nos dice cuando un cuento es nada más que leyenda, y otras veces de dónde vinieron sus datos.

Su manera de introducir la parte histórica varía con cada tradición. En "Justos y pecadores" escribe: "De seguro que vendrían a muchos de mis lectores pujamientos de confirmarme por el más valiente zurcidor de mentiras que ha nacido de madre, si no echase mano de éste y del siguiente capítulo para dar a mi relación un carácter histórico, apoyándome en el testimonio de algunos cronistas de Indias." Pero casi siempre es una sola frase como ésta: "Lector, un cigarro o un palillo para los dientes, y hablemos de historia colonial."

También tiene una manera distinta de terminar sus tradiciones. En "Los endiablados", "asustado el cronista, tanto como los espectadores, suelta la pluma, dejando al lector en libertad de hacer a sus anchas los comentarios que su religiosidad le inspire." Citando otra vez a "Don Dimas", encontramos lo siguiente: "Y con esto, lector amigo, y con que cada cuatro uno es bisiesto, pongo punto redondo al cuento, deseando que así tengas la salud como yo tuve empeño en darte un rato de solaz y divertimento."

Gran parte del éxito que alcanzó Palma se debe a esta maestría de su estilo peculiar que nos permite ver la escena y los personajes del pasado, y oír sus diálogos en la lengua auténtica de su siglo. Hay una relación de continuidad perfecta de lugar entre el lenguaje y el ambiente. Las tradiciones se han comparado mucho con las obras de Walter Scott, pero la crítica ha observado que todo el inmenso poder de imaginación interpretativo de este hombre no estuvo en relación con el lenguaje de la época que describe.

Para resumir, tal vez la mejor definición de su estilo es el consejo que el autor dió a su discípula doña Clorinda Matto de Turner que también escribió tradiciones muy bellas. "El tradicionista tiene que ser soñador y poeta", y en sus obras debe lucir "el estilo ligero, la frase redondeada, la sobriedad en las descripciones, la rapidez del relato, el diálogo sencillo y animado, y sus personajes han de presentarse en un rasgo de pluma." Le recomendaba también "mucho esmero y pulimento en el lenguaje", sin cuidarse de que fuese "clásico en su pureza idiomática", sino antes bien libre, vernacular, con salpiques de giros y palabras de

"riguroso provincialismo". Palma sigue casi siempre esta fórmula en sus tradiciones peruanas.

CONCLUSION

Ricardo Palma es, sin duda, uno de los más brillantes escritores de América, y se considera también la primera figura literaria que tiene el Perú.

Hasta bien entrado el siglo veinte, existía en la historia literaria del Perú una gran falta de novelas de verdadera distinción. Esta falta del género novelesco, sin embargo, se hallaba compensada en las Tradiciones peruanas que se han publicado muchas veces y han circulado extensamente dentro y fuera del mundo de habla castellana. También han sido traducidas a otros idiomas y muchas figuran en las antologías. Soportan la comparación con las obras maestras del cuento popular, y su autor es una figura bien conocida entre los críticos de España y Sud América. Hay muy pocos en la literatura peruana que representen mejor el carácter peruano con todas sus virtudes y sus defectos.

Muchos críticos han afirmado que las tradiciones crearon un tipo de narración sudamericana o peruana y que es algo completamente original con Palma. Su hijo, sin embargo, dice que "la tradición, científicamente considerada, no es una invención de Ricardo Palma, ni éste ha pretendido jamás decir que antes que él no se hubieron escrito tradiciones. Donde hubo un episodio y un narrador

de él, de palabras o por escrito, hubo un tradicionista."¹
Pero si no es nuevo con él, no importa, porque a este género le ha dado tanta originalidad que logra un modelo que nadie ha podido alcanzar.

Sen muchos los que quisieron imitarlo, pero equivocaron el camino. "Muchos creyeron que colocando en el párrafo II de un relato histórico la parte documental y el andamiaje cronológico; intercalando luego algunas coplas y proverbios populares; imitando algunos dichos del vulgo y otros de los clásicos, con más o menos casticismo, y rematando con un refrán, ya tenían cogido el estilo de don Ricardo. Pero "¿y en el medio? En el medio hay que poner talento", o "lisura" criolla, mulatería - la cual no implica nada peyorativo, sino constatación étnica y de linaje intelectual - y audacia limeña."²

Las tradiciones son tan numerosas que es preciso que haya entre ellas algunas que se adelantan a otras en interés, por el colorido local y de época. No obstante, con muy pocas excepciones todos se leen con el mismo gusto. García Calderón y José de la Riva Agüero prefieren las tradiciones donde se muestra la gracia artificiosa y la frivolidad coqueta del siglo dieciocho,

1. Artículo en "El Mercurio" de Santiago, 12 de febrero de 1933 por Clemente Palma. (En torno de Ricardo Palma)
2. La literatura del Perú - Luis Alberto Sánchez

porque aquí el tema y la manera del narrador se armonizan exactamente. Pero no desdeñen por eso a todas las otras que describen otros siglos, porque todas las que escribió poseen algún mérito. Cuando Palma pretenda interpretar algo como las heroicidades de la Conquista y las subsecuentes guerras civiles, o los corsarios de las grandes potencias europeas, resulta inferior. También, en "El demonio de los Andes", "lo que atrae no es la épica fiereza de las contiendas entre los conquistadores, la tragedia de las desmandadas voluntades o el bizarro bullir de las lides en las fragosidades del Perú inmenso, sino los gracejos y chistes con que condimentaba sus atroces ejecuciones Francisco de Carbajal."¹

Aunque insistimos que el autor fué sólo tradicionista y no historiador, muchos dicen que sus tradiciones son la historia más amena del Perú. En la carta que Juan Valera escribió a Palma, dijo: "Yo tengo la firme persuasión de que no hay historia grave, severa y rica de documentos fehacientes, que venza a las tradiciones de usted en dar idea clara de lo que fué el Perú." Su obra no es científica; pero, en cambio, es una obra encantadora.

1. "Elogio de don Ricardo Palma" - José de la Riva Agüero
(En Ricardo Palma - Sociedad Amigos de Palma)

Nada hay de falso, y cuando un episodio no es seguro, el autor no lo oculta.

"En las tradiciones de Palma, mucha gente ha aprendido historia: una historia a saltos, sin hilación, de anécdotas y de episodios sueltos; pero una historia que deja un concepto real de lo sucedido y de lo que fué. Palma había dominado el secreto de interpretar el tiempo. Los hombres de la época colonial actúan de un modo muy distinto a los de la época independiente. Cada cual se muestra tal cual fué. Y siempre son las virtudes las que surgen; siempre la moral la que da una enseñanza. En verdad son pocos los libros, en la historiografía americana, que instruyen tanto y, a la vez, deleitan tanto."¹

Los críticos han encontrado escasos defectos en su obra. Casi la única cosa que les desagrada es su aborrecimiento a los jesuitas. Les parece extraño que Palma, a quien se encuentra de ordinario burlón, alegre y benévolo se ponga tan cruel al juzgar estos hombres religiosos. También le critican por haber acusado a Bolívar de crímenes bajos y otros absurdos, y un autor dice

1. "Ricardo Palma y sus tradiciones peruanas" -
Enrique de Gandía.

que "el anhelo de escribir todo lo que se sabe y el hábito de querer lo que se cultiva, ha hecho, a veces, que Ricardo Palma haya dado formas de tradición a fruslerías y chismecillos que son a las verdaderas tradiciones lo que las migajas al pan."¹ Pero éstos son los únicos defectos que le mencionan.

Tal vez lo más importante en la obra de Palma es su comprensión de la historia colonial y su amor a España; nada hay de injurioso al larguísimo período en que gobernaron los españoles. Era corriente en aquellos años hablar de España y de su obra en América en forma calumniosa, afirmando que allí dominó siempre el más ciego fanatismo y que se trató a los indios con el rigor más extremado. Pensaron que los españoles vinieron a América para hacer sus crueldades y luego se volvieron a España, quedando solamente aquellos de mejor conducta. La Inquisición, los autos-de-fe, las brujas y los herejes, la afición a la holganza y a los amoríos, la ninguna afición a trabajar, y todos los demás vicios y defectos se los llevaron allí los españoles - a una tierra donde sólo

1. "El tradicionista Ricardo Palma" - Julio Bañados Espinosa

había, antes, virtudes y perfecciones.

Ricardo Palma, debido a su conocimiento de la historia americana, no cayó en esta corriente de ignorancia que habría arruinado su obra. Él descubrió que la colonia fué "la edad de oro en el mundo", y mostró la vida fastuosa del Perú con sus grandes centros de estudio, sus tribunales, sus palacios, sus artistas y sus santos. El estudio que hizo le enseñó que muchos de los virreyes enviados por los monarcas de España a gobernar el Perú, sembraron allí bienes y pusieron atención especial en ayudar a los indios. Tenemos, por ejemplo, el virrey que fundó un colegio para la educación de los hijos de caciques. Por supuesto que los virreyes tenían sus defectos y algunos eran tremendos, pero el tradicionalista muestra también que no fueron el dinero y el comercio exclusivamente los que llevaron a los españoles a las Indias.

Este entendimiento de la historia junto con un patriotismo verdadero son calidades muy importantes en cualquier autor. Y Palma amaba la patria como ningún otro. "Sin estrechas exclusiones ni antagonismos rencorosos y abominables, ha enaltecido y ensalzado el Perú íntegro y total en el espacio y en el tiempo, en la armónica complejidad de sus zonas y períodos; y así ha acertado a ser uno de los más eficaces propulsores del

patriotismo. Nos ha enseñado a todos a querer a nuestros antepasados; porque la ironía acariciadora que sobre ellos vierte, a manera de la cervantina, acrece la ternura, como una dulce luz lunar... Aquel anciano amaba el Perú con vehemencia y hondura indecibles y todo su labor artística consistió en el encumbramiento y la glorificación del nacionalismo."¹

-
1. "Elogio de don Ricardo Palma" - José de la Riva Agüero
(En Ricardo Palma - Sociedad Amigos de Palma)

BIBLIOGRAFIA

- Berisso, Luis: El pensamiento de América. Buenos Aires. 1898. págs. 225-234.
- Blanco-Fombona, R.: Grandes escritores de América. (Siglo XIX) Madrid. 1917. págs. 267-286.
- Blanco García, Francisco: La literatura española en el siglo XIX. Madrid. 1894. págs. 368-369.
- Coester, Alfred: The Literary History of Spanish America. 2nd ed. New York. 1928. págs. 254-257
- Feliú Cruz, Guillermo: En torno de Ricardo Palma. Chile. 1933.
- García Calderón, Ventura: Del romanticismo al modernismo (Prosistas y poetas peruanos). París. 1910. págs. 319-331.
- Means, Philip Ainsworth: Fall of the Inca Empire and the Spanish Rule in Peru 1530-1780. New York. 1932.
- Palma, Ricardo: Dos mil setecientos voces que hacen falta en el diccionario. Lima. 1903.
- Palma, Ricardo: Las mejores tradiciones peruanas. (introducción anónima). Barcelona. s.f.
- Prado, Javier: El genio de la lengua y de la literatura castellana y sus caracteres en la historia intelectual del Perú. Lima. 1918. págs. 184-186.
- René-Moreno, G.: Notas históricas y bibliográficas (Bolivia y Perú). Chile. 1905. págs. 61-63.
- Riva-Agüero, José de la: El Perú histórico y artístico. Santander. 1921.
- Sánchez, Luis Alberto: Historia de la literatura americana. Santiago. 1937.
- Sánchez, Luis Alberto: La literatura del Perú. Buenos Aires. 1939.

- Sociedad Amigos de Palma: Ricardo Palma 1833-1933. Lima.
- Sosa, Francisco: Escritores y poetas sud-americanos.
México. 1890. págs. 1-12.
- Tórres Caicedo, J.M.: Ensayos biográficos y de crítica literaria. (Sobre los principales publicistas, historiadores, poetas y literatos de la América Latina). Paris. 1868.
págs. 341-352.
- Tórres Rioseco, A.: The Epic of Latin American Literatura
- Villagrán Bustamante, Héctor: Márgenes. Montevideo.
1933. págs. 103-109.
- - - - -
- Altamira, Rafael: "Literato americano". Madrid. 1892.
(En Apéndice a mis últimas tradiciones peruanas.
Barcelona. 1910.)
- Arízaga, José Rafael: "Las tradiciones". Editorial de "El
Progreso" de Cuenca. (En Ropa vieja. Lima. 1889)
- Arreguine, Victor: "Ropa vieja". Montevideo. (En Ropa
apolillada. Lima. 1891.)
- Aruss, Arséne: "Un escritor peruano". Parí. 1887.
(En Ropa vieja. Lima. 1889.)
- Badía, F. Miguel: "Un juicio crítico - un libro americano"
Barcelona. 1895. (En Mis últimas tradiciones
peruanas y cachivachería. Barcelona. 1906.)
- Bañados Espinosa, Julio: "El tradicionista Ricardo Palma"
Lima. 1891. (En Mis últimas tradiciones perua-
nas y cachivachería. Barcelona. 1906.)
- Bolet Peraza, N.: "Ricardo Palma". Nueva York. 1894.
(En Mis últimas tradiciones peruanas y cachiva-
chería. Barcelona. 1906.)
- Bulnes, Gonzalo: "Ropa vieja". Chile. (En Ropa apolillada.
Lima. 1891.)

- Cané, Miguel: "Juicios literarios". Lima. 1880. (En Tradiciones peruanas. Barcelona. 1893.)
- Capella Toledo, Luis: "Ricardo Palma" Bogotá. 1890. (En Ropa apolillada. Lima. 1891.)
- Cisneros, Luis Fernán: "El tradicionista Palma". Lima. 1921. (En Tradiciones peruanas Tomo III. Madrid. 1936.)
- Cruz, Manuel de la: "El pleito del estilo". Habana. 1894. (En Apéndice a mis últimas tradiciones peruanas. Barcelona. 1910.)
- Darío, Rubén: "Fotograbado. Ricardo Palma". Guatemala. 1890. (En Tradiciones peruanas. Barcelona. 1893.)
- Diez-Canedo, Enrique: "Ricardo Palma" Madrid. 1924. (En Tradiciones peruanas Tomo V. Madrid. 1936.)
- D'Ors, Eugenio: "Glosas". Madrid. 1924. (En Tradiciones peruanas Tomo V. Madrid. 1936.)
- Gálvez, José: "Ricardo Palma", Lima. 1921. (En Tradiciones peruanas Tomo III. Madrid. 1936.)
- Gandía, Enrique de: "Ricardo Palma y sus tradiciones peruanas" (En Las mejores tradiciones peruanas, Buenos Aires. 1942.)
- García Calderón, Ventura: "Notas preliminar" (En Tradiciones escogidas. París. 1938.)
- Gavida, Francisco: "Ropa vieja". San Salvador. 1889. (En Ropa apolillada. Lima. 1891.)
- Gutierrez, Juan María: "Prólogo". Buenos Aires. 1876. (En Tradiciones. Lima. 1877.)
- Hostos, Engenio María: "Cartas críticas. Al Señor Don Ricardo Palma". Santa Domingo. 1886. (En Ropa vieja. Lima. 1889.)
- Hurtado y Arias, Enrique G.: "Ensayo crítico". Tacna. 1890. (En Ropa apolillada. Lima. 1891.)
- Larriva de Llona, Lastenia: "Siluetas literarias - Ricardo Palma". Guayaquil. 1888. (En Ropa vieja. Lima. 1889.)

- Miró Quesada, Oscar: "Un peruano eminente." Lima. 1919.
(En Tradiciones peruanas Tomo VI. Madrid. 1936.)
- Palma, Clemente: "Discurso leído en la Federación de Estu-
diantes del Perú". Lima. 1920. (En Tradi-
ciones peruanas Tomo III. Madrid. 1936.)
- Palma, Ricardo: "Cuatro palotes" Lima. 1889. (Prólogo
a Ropa vieja. Lima. 1889.)
- Riva Agüero, José de la: "Don Ricardo Palma". Biarritz,
1919. (En Tradiciones peruanas Tomo IV.
Madrid. 1936.)
- Umphrey, George W. y García-Prada, Carlos: "Ricardo Palma y
las tradiciones peruanas". (En Flor de tradi-
ciones. México. 1943.)
- Valera, Juan: "A Don Ricardo Palma" - de las Cartas americanas
(En Apéndice a mis últimas tradiciones peruanas.
Barcelona. 1910.)
- Vivero, Domingo de: "El último libro de Palma". Buenos Aires.
(En Ropa apollillada. Lima. 1891.)



- - - - -



- Palma, Ricardo: Tradiciones peruanas. - Edición publicada
bajo los auspicios del gobierno del Perú.
Espasa-Calpe, S.A. Madrid. 1939.
- Tomo I Primera y segunda serie
- Tomo II Tercera y cuarta serie
- Tomo III Quinta y sexta serie
- Tomo IV Ropa vieja (séptima serie)
Ropa apollillada (octava serie)
- Tomo V Tradiciones y artículos históricos
Cachivachería
Cartas literarias
Parrafadas de crítica.
- Tomo VI Tradiciones
Anales de la Inquisición de Lima.